

CUENTOS ECONÓMICOS

David Anisi

A la memoria de Joan Robinson

También para Irene e Íñigo

En estos días donde tanto proliferan malos cuentistas, nos cabe la afortunada posibilidad de volver a los buenos clásicos, e inspirarnos en ellos para relatar de forma peculiar los sucesos de nuestro mundo. He tratado de subirme a los hombros de esos gigantes para, utilizando su ritmo, su urdimbre, o su sentido, reflexionar sobre algunos asuntos cotidianos.

Si tú, lector, disfrutas con estos cuentos al menos lo mismo que yo cuando los hice, el bienestar de nuestro mundo se habrá incrementado siquiera una chispa. Pero algo te ruego antes de leer cada uno de ellos: recuerda el original que te fue contado hace quizá muchos años, o que leíste cuando cada palabra brillaba en tu imaginación de niño. Será nuestro homenaje a todos aquellos que ya siendo polvo en el viento, figurando con sus nombres en estas páginas, vagando con sus nombres fuera de ellas, anónimos muchos, y desconocidos para nuestra cultura la inmensa mayoría, lograron para nosotros algo tan imposible como imaginar el pasado.

Universidad de Salamanca, otoño de 1999.

CUENTOS ORIGINALES

El traje nuevo del emperador

Hans Christian Andersen

La princesa y el guisante

Hans Christian Andersen

La bella durmiente

Hermanos Grimm

El gato con botas

Charles Perrault

El lobo y los cabritillos

Hermanos Grimm

La carrera de la liebre y el erizo

Ludwig Bechstein

Los músicos de Bremen

Hermanos Grimm

Las zapatillas rojas

Hans Christian Andersen

El ruiseñor

Hans Christian Andersen

La pequeña cerillera

Hans Christian Andersen

Tres deseos

Johann Peter Hebel

Pulgarcito

Charles Perrault / Hermanos Grimm

El pescador y su mujer

Hermanos Grimm

El enano saltarín

Hermanos Grimm

El rey sapo

Hermanos Grimm

El aprendiz de brujo

Joseph Jacobs

EL TRAJE NUEVO DEL EMPERADOR

Aquel monarca llevaba varios años con una china en el zapato. Su reinado no iba del todo mal, pero bondadoso como era, no dejaba de preocuparse de la suerte de una buena parte de sus súbditos afectados desde hacía bastante tiempo por una desdicha: el desempleo.

Por ello, cuando le anunciaron la llegada a la corte de dos sabios procedentes de la reputada Universidad de Chinchánflún con el deseo de explicar al monarca, en una audiencia privada, las nuevas teorías sobre el paro, se llevó una gran alegría.

Los pretendidos sabios eran en realidad dos grandes sinvergüenzas que amparándose en el nombre de aquella famosa universidad de allende de los mares, trataban de rentabilizar su azarosa estancia en aquellas latitudes aprovechándose del papanatismo dominante en su patria original. Tontos, claro está, no eran, y su dominio del idioma del País Maravilloso, donde tenía su sede la Universidad de Chinchánflún, así como su facilidad para aprender expresiones ininteligibles y sofisticadas técnicas estadísticas y matemáticas, les capacitaban sobradamente para ejercer su papel de embaucadores.

Aunque la dignidad de la realeza le impelía a mostrarse siempre a sus súbditos bajo el manto de la impasibilidad, nuestro monarca se puso a preparar la audiencia con auténtico fervor. Repasó los manuales que tuvo que estudiar durante su educación de Príncipe, mandó llamar en el mayor secreto a un viejo profesor para repasar y actualizar algunos conceptos, e invitó a la audiencia a los más renombrados catedráticos de las universidades de sus dominios.

Y por fin llegó el día tan esperado. Los catedráticos del Reino, expertos en desempleo, llegaron lujosamente ataviados y acompañados de los instrumentos propios de su condición, tales como libros de conjuros, amuletos de encontrar trabajo, frascos conteniendo espíritu competitivo, hierbas de sumisión, medicinas amargas de reducciones salariales, y múltiples varillas de flexibilización. Los dos sabios de la Universidad de Chinchánflún se habían presentado con anterioridad por recomendación del Jefe de Protocolo a fin de poder instalar en el salón del trono los artilugios necesarios para su exposición, tales como ordenadores personales conectados a pantallas de video, proyectores de transparencias, y, como una concesión a la tradición, una clásica pizarra.

Pasaron los catedráticos al salón del trono y fueron presentados a los conferenciantes. Contrastaban los vestidos de unos y otros: los catedráticos de las tierras del Rey lucían bonetes en las cabezas, y sobre sus togas negras orladas de puñetas reposaban insignias y collares correspondientes a su dignidad. Los procedentes del País Maravilloso eran en cambio una explosión de color en sus diferentes atuendos, que sólo coincidían en cuanto a las pajaritas que ambos llevaban al cuello a modo de corbata y en el evidente uso de tirantes por parte de los dos. Los catedráticos saludaron con una leve inclinación de cabeza y los sabios invitados les correspondieron con una exhibición de sus blanquísimos dientes en una sonrisa que ya no les abandonó.

Llegó el rey y dio comienzo la audiencia. El propio monarca agradeció la presencia de todos los invitados y resaltó el orgullo que le embargaba al comprobar como dos de sus súbditos, con su esfuerzo y mérito, habían aprovechado tanto el tiempo en la gran universidad de más allá de los mares, que volvían como sabios dispuestos a solucionar el problema del desempleo que tanto preocupaba. Y sin más les cedió la palabra.

- Majestad, venerables catedráticos - dijo el primero de los pícaros - venimos en verdad a solucionar ese problema, pues tras años de profundo estudio y trabajo duro en la universidad que nos acogió, podemos afirmar sin lugar a dudas que el desempleo no existe.

-Pero antes de la demostración - dijo el segundo de ellos - solicito de vuestra benevolencia que nos permitáis expresarnos en el idioma del País Maravilloso, ya que, aunque nacidos en estas tierras y sólo ausente de ellas breves años, tendríamos cierta dificultad para expresar en nuestro idioma algunas sutilezas de nuestro discurso.

El rey dominaba, dada su exquisita educación, el lenguaje del País Maravilloso, algunos de los catedráticos lo entendían a medias y el resto no estaba dispuesto a reconocer su desconocimiento, con lo que, con la venia de su majestad, los dos mercachifles se aprestaron a vender su dudosa mercancía en aquel idioma.

Pero tampoco eran necesarias dotes de políglota para entender, o mejor no entender, lo que a continuación, y durante una hora, los dos individuos expusieron.

Proyecciones, simulaciones de ordenador, algoritmos y símbolos, se sucedían sin tregua con referencias continuas a trabajos de otros reputados sabios cuyos nombres oían por vez primera los asistentes, demostraciones matemáticas, conjeturas, refutaciones y evidencia empírica en una autentica representación abrumadora de sabiduría; y así hasta llegar a la conclusión profetizada: el desempleo no existe.

El rey no había entendido nada de lo que allí se había dicho, e incluso intuía que tal vez le estuviesen tomando el pelo, pero no quería quedar como tonto y así, al finalizar la exposición reconoció que lo dicho era "muy interesante".

Los catedráticos sabían con total certidumbre que aquello era una burla de tanta profundidad, al menos, como de las que ellos vivían. Pero dada la actitud del soberano se deshicieron en halagos ante la exposición y ponderaron con gravedad las conclusiones.

- ¿Y qué podemos hacer para que estas sabidurías - preguntó el rey a los timadores - se divulguen adecuadamente en nuestro reino?

Y ellos mostraron inmediatamente un presupuesto de gastos que tenían preparado con anterioridad. Al buen rey le pareció una barbaridad lo que se pedía por divulgar aquello que no entendía, pero como ni quería quedar como ignorante, ni como cicatero con la ciencia, lo aprobó. Los venerables catedráticos, que veían la posibilidad de sacar tajada en la maniobra, alabaron la decisión del monarca. Y así los parados dejaron de existir en aquel reino.

Los únicos que no se creyeron su desaparición fueron los que estaban, seguían y siguieron estando desempleados. Pero eran personas de pocas luces que no entendían la Gran Ciencia, y a casi nadie le importó mucho.

LA PRINCESA Y EL GUISANTE

Aquel hombre lo tenía todo, pero no dormía bien. Su salud era espléndida, y aparentemente nada le perturbaba, con lo que no sabía el por qué de su malestar mientras dormía.

Como a pesar de haber recibido una educación superior todavía conservaba cierta inteligencia, decidió no consultar con ningún psicólogo o psiquiatra y sentarse a reflexionar en una banqueta.

Nada le faltaba. Incluso cuando tenía que escribir la carta a los Reyes Magos debía esforzarse para imaginar algo que deseara y no tuviera. Aceptaba el paso del tiempo y los achaques con los que cautelosa y paulatinamente este le iba anunciando su progresivo deterioro. E incluso la muerte perdía poco a poco su matiz de espanto. No había razón para no dormir bien. Así que decidió consultar a una bruja.

La bruja lo primero que hizo, como se corresponde en nuestra época, fue sacarle los cuartos. Luego trató de explicar algunas cosas.

- Tus molestias en el sueño sólo se pueden deber a tres razones - le dijo -, o al desplome de la vida, o a las uvas no cogidas, o al guisante en el colchón.

Como la bruja, tras decir estas palabras, se empeñó en guardar silencio nuestro buen hombre, lamentando así por bajinis el dinero que aquello le había costado, volvió a su banqueta a reflexionar.

- No puede ser el desplome de la vida lo que no me deja dormir - se dijo -, ya que se que todo nace, crece, y deleitosamente o no, terminase acabando. Y tampoco creo - y esto lo tuvo que pensar más - que sean las uvas no cogidas lo que me impide descansar en paz. Luego tiene que ser - concluyó - ese asunto del guisante en el colchón.

A la mañana siguiente volvió a repasar las pistas de la bruja. Metió en un saco todo aquello del "desplome de la vida" y lo tiró con decisión a un contenedor de basura. Se enfrentó con lo de "las uvas no cogidas" y desfiló ante él toda una suerte de ocasiones negadas, unas mujeres deseadas con las que nunca disfrutó, países que no visitó, conocimientos a los que no tuvo acceso, y encrucijadas, al fin, en las que eligió un camino y no el otro. Determinó que ese no podía ser el problema por el que no podía dormir bien y pasó a la última insinuación de la bruja: "el guisante en el colchón".

Púsose entonces a buscar ese guisante. Abrió su mente a los recuerdos de la infancia y recordó los olores de cuando era pequeño. Visitó renovado y viejo a los terrores de la adolescencia y desplegó toda su capacidad de evocar el pasado. Luego, un tanto frenético, se puso a abrir aquellos cajones clausurados en los que guardaba simplemente cosas. Encontró mechones de cabello, postales, reglas rotas, corchos de champán, navajas oxidadas, mecheros de gasolina, amuletos y cartas de amor. Allí no estaba el guisante que le impedía dormir plácidamente.

Así que se aprestó a vivir con su mal sueño olvidando a la bruja y a sus insinuaciones. Pasaron los años, el tiempo transcurría transformándonos a todos en algo distinto, y una mañana nuestro personaje tomó un viejo libro de poemas salvado del contenedor de basura. Cayó de entre sus páginas una hoja amarillenta recortada de un periódico en la que sobre una foto sobrecogedora se leía: "cien mil personas agonizan diariamente de hambre en el mundo por una mala distribución de los alimentos"

Siguió viviendo bien y durmiendo mal, pero ya conocía la razón. No sabía qué hacer, pero hasta su muerte siempre consideró con vergüenza su pequeña molestia como algo mínimamente añadido al tremendo e inexplicable dolor de las gentes.

LA BELLA DURMIENTE

Aunque aquel rey no era supersticioso, por seguir la costumbre de la familia consultó a los videntes en el nacimiento de su hija. Estos le auguraron que la princesa llegaría a gobernar, cosa que le pareció excelente al soberano, pero que podía existir un grave problema: que entonteciera antes de ser reina.

Nuestro monarca no creía en las profecías, pero para curarse en salud, y por lo que pudiera ocurrir, decidió que desde ese mismo momento evitaría a su hija la posibilidad de entontecer.

La cosa, claro está, no era sencilla. Existían riesgos biológicos y de otro tipo, pero el rey sabía cual era la gran fuente de idiotez en su dominios, y determinó alejar de ella a su hija. Así ordenó que bajo ninguna circunstancia y en ningún momento la princesa pudiera ver la televisión.

La princesa creció, y fuera por la precaución de su padre, o bien por la propia naturaleza, el caso es que su criterio parecía alejado de cualquier suerte de debilidad mental. Tan era así, que llegado el momento el rey decidió abdicar y elevar al trono a su querida y sensata hija.

La noche previa a la coronación, la todavía princesa quiso, en un raptó de cariño, ver a su vieja nodriza, y en secreto y por sorpresa la visitó en su casa.

Y allí, en un rincón, la futura reina se encontró con un artilugio que en su vida había visto: un aparato de televisión. Estremecida por el descubrimiento, olvidó a su nodriza y puso toda su atención en lo que un imbécil proclamaba en esos momentos en la pequeña pantalla.

No todo era inmundicia en los programas que transmitía la televisión del reino, pero nuestra princesa tuvo la desgracia de encontrarse con lo peor. En esos momentos un cretino que se autocalificaba de "liberal" y que citaba continuamente a un tal Adam Smith, por supuesto sin haberlo leído, defendía la idea de que lo mejor que se podía hacer en todo momento era simplemente no hacer nada. Y la princesa, a muy pocas horas de ser proclamada reina, tal y como se anunció en su nacimiento, se embobó.

Al rey, a la mañana siguiente, y ya en la ceremonia de abdicación y coronación, no le gustó lo más mínimo el brillo de los ojos de su hija así como el detalle de que prácticamente no parpadease, pero prefirió suponer que esos signos se correspondían con la intensa emoción que en estos históricos momentos debería embargarla. Y con la solemnidad necesaria le pasó los símbolos del poder.

Una vez coronada, y mientras la tontuna se enseñoreaba de todo su ser, la reina dirigió sus primeras palabras como tal a su pueblo.

- Amado pueblo - dijo con emoción - mi gobierno estará basado en el sabio principio de que lo mejor es no hacer nada, por ello tomaré el nombre de Nada I, mi lema será el de "laissez-faire", y por coherencia no diré nada mas.

Y como los deseos de los soberanos son órdenes, los mandatarios del país se aprestaron a cumplir con las directrices de su nueva reina. El mensaje de la corona se recibió con distintos grados de resistencia. En las Facultades de Economía esa resistencia fue apenas perceptible pues algo parecido a eso ya se estaba enseñando por las más doctas y venerables acémilas de la institución, pero en otros ámbitos académicos y de la enseñanza en general se tuvieron que forzar realmente las cosas. Pero poco a poco se fueron imponiendo las nuevas ideas. Así la

mejor política industrial llegó a ser la que no existe, como la mejor ordenación de las ciudades se derivó de la ausencia total de planificación, y así sucesivamente.

Se eliminó cualquier reglamentación sobre los medicamentos y la gente compraba aquellos que parecía no producían demasiadas muertes, los semáforos fueron arrancados de las calles de las ciudades para que el tráfico se regulase por sí mismo, la electricidad llegaba a las casas cuando quería, y los médicos atendían a los pacientes si les daba la gana.

Pero después de eliminar toda reglamentación, los propios mandatarios se dieron cuenta de que luchar contra el hacer algo era también hacer algo, y dejaron de hacerlo. Y el "no hacer" se fue imponiendo en la mente de todos los súbditos de la reina Nada. Los agricultores dejaron de sembrar y dejaron los comerciantes de comprar y vender. Ya nadie limpiaba, ni cocinaba, ni leía, ni deseaba. Y al poco, puestos a no hacer nada, dejaron también de moverse.

Las malezas cubrieron el país de la reina Nada como el polvo fue cubriendo a sus habitantes. Las comunicaciones con el resto del mundo se anularon y desde los satélites que giraban en torno al planeta se percibían aquellos dominios como un espacio silencioso y sin vida.

El viejo ex-rey desde el mismo día de su abdicación había decidido trasladarse al país de un pariente muy cercano y desde allí seguía con gran preocupación lo que acontecía en su antiguo reino. Por supuesto que no quería interferir en lo que su hija, la reina, hacía y deshacía en lo que eran ahora sus dominios, pero no podía permanecer pasivo ante aquel desastre.

Así mandó que uno de los jóvenes más valientes de su tierra de exilio llevara un mensaje a la reina Nada. Y la carta, tras muchas vicisitudes llegó a la destinataria.

La reina Nada apartó las telarañas que la cubrían y leyó aquello que su padre la enviaba. Eran sólo unas líneas y en ellas se decía: "Hija mía, ¿no crees que eres ya suficientemente mayor para tanta memez?". Y a la reina Nada le desapareció la bobería tan de repente como le había llegado.

Al poco tiempo las malezas ya no cubrían los caminos, las leyes se aplicaban, las mercancías se intercambiaban en los mercados, y las gentes se querían. Y la reina Nada veía de vez en cuando la televisión. Le gustaban especialmente los programas de payasos en los que algún enloquecido ultraliberal hacía reír a la gente con las tontadas que decía.

EL GATO CON BOTAS

Aquel era un hermoso país y el Mercado quería poseerlo. Pero tenía pocas esperanzas porque sus habitantes eran felices en su sencillez y el mercado era para ellos solamente el sitio a donde se iba a hacer la compra.

El terrible Mercado tenía un esbirro, y este, viendo a su amo tan deseoso de reinar absolutamente en nuestro país le dijo un día:

- No os preocupéis mi señor, que las tierras y gentes que ambicionáis serán pronto vuestras. Dadme permiso para actuar y pronto caerán en vuestras manos como fruta madura.

Conseguido el permiso el esbirro se puso inmediatamente a actuar. Así al levantarse por la mañana todos los habitantes del país ambicionado se encontraron junto a su cama con un pequeño obsequio y una nota que decía: "Regalo de mi señor el Mercado. Acudid a la Plaza Mayor y tendréis más información sobre mi augusto señor"

Y muchos acudieron. Cuando ya se había reunido suficiente gente, el enviado del Señor Mercado se dirigió a ellos.

- Todos vosotros ya habéis recibido - les dijo - una primera prueba de lo que el Mercado puede hacer por vosotros. Pero eso es sólo el comienzo. He visto que vivís bien y en paz, pero os aseguro que viviríais mucho mejor y con más tranquilidad si el Mercado se enseñoreara de vosotros. Usáis sólo el mercado para lo indispensable y vuestra felicidad y libertad aumentarían si todos los aspectos de vuestras vidas estuvieran determinados por él. Pero - continuó - todos sabemos que una imagen vale más que mil palabras, y así os propongo que una delegación de vosotros visite un país en el que el Mercado es el dueño y señor absoluto.

Puestos a ser más felices, y dado que el servidor del Señor Mercado iba a correr con todos los gastos, unos cuantos decidieron ver si era cierto lo que les contaban, se despidieron de sus familias y partieron.

El esbirro eligió un gran país gobernado por gente sabia, y comenzó a mostrárselo. Empezaron visitando un maravilloso Parque Nacional.

- Observar - dijo a la delegación el siervo - la sabiduría con la que el mercado ha trazado las montañas y los ríos, escuchar el ruido del agua, del viento y el sonido de los animales libres por la actuación del mercado. Mirad esa limpieza del aire que sólo el mercado puede lograr. Deleitáos con la paz que estos paisajes proporcionan y que el mercado ha conseguido.

Y la delegación estuvo de acuerdo en que nada parecido en belleza a esos parajes tenían en su humilde país.

Las ciudades estaban sumamente cuidadas, el desempleo no existía y los delitos eran mínimos. Los habitantes de este país sabían que en caso de enfermedad iban a ser atendidos, que la educación estaba asegurada y que tendrían derecho a una pensión digna en su vejez, y todo ello, al eliminar miedos, aumentaba su libertad.

- Fijaros en la limpieza de las calles que consigue el mercado - explicó el esclavo a la delegación - mirad como se conserva gracias al mercado esa impresionante catedral gótica. Observar como, por el sometimiento al mercado, los jóvenes se enamoran, los niños juegan y los viejos conversan plácidamente en plazas tranquilas.

- Y aquí - preguntó uno de los miembros de la delegación - ¿no hay pobres ni mendigos?

- El mercado no lo consentiría. - Afirmó con aplomo el gran embustero.

Y todos los invitados al viaje coincidieron en que esa seguridad de las vidas, esa paz de las gentes y esas ciudades tan agradables no se encontraban en su pequeño país.

De vuelta a casa contaron al resto de sus compatriotas todas las maravillas que habían visto y una gran mayoría pensó en la conveniencia de que el mercado rigiera sus vidas.

Pero uno de los miembros de la delegación tenía la mosca detrás de la oreja. Así que invitó a su casa a un grupo de amigos y conocidos y les dijo:

- Todo lo que os hemos contado es cierto pues eso es lo que vimos, pero yo no estoy del todo seguro que esas maravillas sean consecuencia del acatamiento del mercado. Bien es verdad que algunas veces preguntamos a los habitantes de aquel país por algo que nos parecía muy bueno y nos contestaron que al mercado se debía todo. Pero me pareció que esa contestación estaba provocada por algún tipo de amenaza que el siervo del Mercado les había hecho. Lo que os propongo - concluyó - es que nos organicemos para promover una discusión seria sobre el mercado antes de precipitarnos en sus brazos.

Y así constituyeron una organización a la llamaron REFLEXIÓN que se oponía a la aceptación avasalladora del mercado antes de sopesar las razones y de observar otros países visitándolos esta vez por cuenta propia.

El enviado del Mercado veía con suspicacia cualquier tipo de organización, pero esta particularmente le preocupaba seriamente. Así que un día se presentó en una asamblea de REFLEXIÓN y les dijo:

- Ya sé que sois poderosos porque estáis organizados, pero no creo que pertenezcáis libremente a esa asociación, sino que alguien os fuerza a hacerlo.

Sólo os respetaré - continuó - si me demostráis que vuestra unión es voluntaria, y para ello deberéis disolver REFLEXIÓN y luego volver a constituirla.

Todos los miembros estaban convencidos de que estaban allí porque les daba la gana, con lo que para probar su libertad se disolvieron con el ánimo de reconstruirse posteriormente. Pero no pudieron hacerlo, ya que el enviado del Mercado, fue eliminándolos uno a uno.

Así, sin ya oposición, el esbirro marchó a ver a su amo y le dijo:

-Como te prometí, el país que deseabas es ahora tuyo. Ya puedes dominarle.

Y el mercado lo dominó.

EL LOBO Y LOS CABRITILLOS

Hubo una vez un pequeño pueblo que habitaba un valle perdido. Nadie sabía muy bien desde cuando estaban allí, pero se decía que los antepasados de los antepasados ya pescaban, cazaban, construían monumentos, reían y lloraban en el mismo sitio. Se pensaba que los antepasados de los antepasados de los antepasados vinieron de algún sitio, pero eso era ya demasiado tiempo atrás.

El de más edad entre ellos era llamado, con sumo respeto, El Anciano, y se encargaba de solucionar, con su autoridad, los problemas de convivencia que aparecían de vez en cuando, recordaba las costumbres, y defendía la alegría.

Como cada semana El Anciano subió a la cumbre más elevada para meditar, pero esta vez no pudo conseguirlo. Desde su altura percibió y olió el peligro: alguien siniestro se dirigía hacia donde moraban los suyos.

Conocía al siniestro sin nunca haberle visto. En su ya larga vida nunca había tenido que enfrentársele. Pero no en vano la sabiduría y el conocimiento se transmitían de padres a hijos, y seres tenebrosos como el que ahora se acercaba ya habían aparecido por allí en tiempos remotos dejando tras su paso la desdicha.

Incluso los antepasados de los antepasados ya le habían puesto un nombre: *El que usa a los hombres*.

El Anciano sabía que de nada servirían sus advertencias. Su gente tendría que luchar desde lo más profundo de su corazón, empleando todas sus fuerzas y con toda su inteligencia contra *El que usa a los hombres*, hasta lograr expulsarlo, y, aún así, el dolor y el desastre estaban asegurado. Y también conocía que su deber era advertir y luego desaparecer hasta que una señal llegase.

Bajó a toda prisa la montaña y convocó a todos.

- Tengo que alejarme una temporada de vosotros - les dijo - y no os puedo explicar la razón. Pero tengo que advertiros que se acerca *El que usa a los hombres*, y debéis estar precavidos porque sólo persigue vuestra destrucción. Le reconoceréis por la frialdad de sus palabras y por las imágenes que os sugerirá su presencia.

Y dicho esto, se retiró al lugar más apartado de las montañas esperando la señal de que su pueblo había sobrevivido a la inmundicia del siniestro.

Poco después de amanecer le vieron llegar. Vestía ropas extrañas y portaba armas, pero como todavía no sabían quien podía ser y eran hospitalarios, le dieron la bienvenida y le ofrecieron comida.

Pero si alguno todavía mantenía alguna duda respecto a si el visitante matutino tenía algo que ver con el peligro señalado por El Anciano, el propio extranjero se encargó de disiparla.

Les amenazó con sus armas y gritó algunas palabras en un idioma desconocido, pero que helaba la sangre por su violencia intuida. Les quedó muy claro que aquel poderoso individuo deseaba algo de ellos, pero también comprendieron que ese sonido de la voz sólo podía provenir del *El que usa a los hombres*, tal y como les había advertido El Anciano.

Así que, aunque temerosos, se agruparon y le señalaron con gestos el camino de vuelta. Y el miserable se largó de allí.

Pero poco duró su paz. Al cabo de unas semanas volvió a aparecer, pero esta vez luciendo una sonrisa. No dijo una palabra, sino que sacó de su mochila un pequeño objeto, lo puso sobre el suelo y al tocarlo suavemente con

sus dedos todos pudieron escuchar una voz suavísima, que en su propio idioma, les saludaba y halagaba, recordándoles su aspecto majestuoso, su nobleza y valentía, el maravilloso valle en el que vivían, la confortabilidad de sus hogares y la alegría que se percibía en los ojos de los niños.

Muchos comenzaron a pensar que se habían equivocado la vez pasada, porque palabras tan dulces no podían asociarse con *El que usa a los hombres*. Y siguieron escuchando cada vez más seducidos.

La voz cautivadora les decía ahora que debían hacer lo que el extranjero les ordenase, pero que a cambio recibirían múltiples "cosas". En ese momento una gran mayoría estaba ya dispuesta a obedecer a aquel ser por su voz, aunque nadie entendía para qué podrían servir esas "cosas" que les ofrecía.

Y esa falta de entendimiento le llevó a uno de nuestros amigos a reflexionar. Lo pensó durante todo un día, recordó las palabras de El Anciano, y por la noche, aprovechando que el extranjero dormía feliz confiando en la pronta sumisión de estas gentes, reunió a todos y les dijo:

- El extranjero habla ahora con voz agradable, y nos promete "cosas", pero yo no me imagino que pueden ser esas cosas. Sólo siento el vacío cuando pienso en ellas y algo como un frío raro se apodera de mí. Recuerdo que El Anciano no sólo nos previno contra la voz, sino también contra la imagen. En definitiva - terminó mientras que los demás mostraban su preocupación en sus rostros - creo que nuestro huésped es *El que usa a los hombres*.

Y así lo acordaron por unanimidad. Con lo que a la mañana siguiente al despertarse, aquel extraño individuo se encontró con las caras serias de todos los habitantes del valle que le señalaban con determinación el camino de vuelta.

Pero al cabo de unas semanas regresó. Puso en el suelo una especie de caja extraña y de ella no sólo surgían unas palabras deleitosas sino que, además, y por primera vez todos los habitantes del valle pudieron ver las "cosas".

Como si de magia se tratara veían imágenes de gentes como ellos vestidos con ropas similares al extranjero comiendo manjares apetitosos, viajando por caminos sin barro en carros brillantes y magníficos, viendo nevar desde unas casas en las que claramente no hacía frío, oyendo palabras bonitas en aparatos como los que ya conocían por la segunda visita de aquel individuo, o contemplando en una caja similar a la que tenían enfrente figuras maravillosas. Y comprendieron qué eran las "cosas"; y las desearon con todo su corazón y con toda su alma, y con todas sus fuerzas.

- Ni la voz que oímos, ni las imágenes que vemos - dijo uno de los más respetados habitantes del valle - se corresponden con aquello con lo que El Anciano nos advirtió. Este hombre no es aquel que temíamos, sino nuestro amigo y benefactor. Trabajemos para él y obtengamos esas maravillosas "cosas" que nos promete.

Y trabajaron como animales para el extranjero. Su pequeña economía desapareció, se alteraron sus formas de vida y el uso de su tiempo, los fuertes se embrutecieron y los más débiles comenzaron a sucumbir. Pero las famosas "cosas" nunca llegaron, y cada vez que el extranjero veía que la desesperación y el desánimo se hacían casi insoportable, volvía a conectar aquella caja extraña y todos contemplaban extasiados las "cosas" que tendrían tras el sufrimiento. Y volvían con renovados ánimos a trabajar de nuevo.

Fue entonces cuando a aquel que ya había sospechado en su momento, comprendió con espanto que se encontraban dominados por *El que usa a los hombres*. Agarró con fuerza la piedra del tiempo y se encaminó a la montaña para buscar a El Anciano.

- Supongo que vienes con la piedra del tiempo - le dijo El Anciano, que esperaba como un niño esa señal que tampoco sabía muy bien como podría ser - porque os habréis librado del miserable.

- Sólo vengo yo - reconoció avergonzado -, los demás trabajan para él y se destruyen en su locura. Escuchan su voz maravillosa y miran las hermosas imágenes que les muestra. No oyen otra cosa que la voz ni ven algo que no sean las "cosas".

El Anciano supo que aquello era la señal. No era lo que se esperaba ni tendría que actuar como preveía. Y debería ir pensando en transmitir a los siguientes que todo podía ser distinto a lo pensado.

Bajó con decisión al valle. Vio a aquellos fantasmas famélicos y rotos por el trabajo bestial que seguían siendo su pueblo y les conminó a acompañarle hasta la caja de las imágenes. *El que usa a los hombres*, viendo que se trataba simplemente de eso no se opuso, sino que consideró gozosamente la posibilidad de que el viejo, del que ya había oído hablar, cayera también seducido por su caja mágica.

La caja estaba muda. El Anciano se acercó a ella, la tocó, y voces e imágenes comenzaron a surgir. Los destrozados habitantes del valle contemplaron por primera vez otras visiones. Era gente semejante a ellos, pero esta vez eran todavía más parecidos porque no había "cosas". Había, en cambio, sudor y caras demacradas, cansancio infinito en las miradas, niños que morían, y pobres cubiertos de cucarachas que agonizaban en espantosa soledad, mujeres que se ofrecían a cambio de comida, peleas de borrachos que acababan en sangre, mendigos en calles sucias, familias hacinadas en diminutas casas malolientes que tiritaban de frío... Pero lo que más les sorprendió era que en medio de ese infierno, personas enfermas que tiradas en la calle ya veían la muerte cerca sostenían aquel pequeño objeto del que salían palabras tan suaves, y que en el interior de aquellas casuchas hediondas brillaban las imágenes de aquella caja mágica que mostraba las "cosas".

Y comprendieron que eran ellos mismos. La rabia les dio fuerzas para que sus agotados músculos pudieran destrozarse la caja de las imágenes y de las voces. Señalaron por última vez a aquel miserable extranjero el camino de vuelta, y ya no volvió más.

Y no volvió más con nuevas triquiñuelas porque uno de ellos le siguió en su viaje, y poco antes de abandonar estos territorios sorprendió al extranjero, le abrió en canal, le rellenó de piedras, le colocó como una estatua en el camino, y puso sobre su cuello una hermosa guirnalda de flores siemprevivas en la que cualquier viajero inteligente y precavido podía leer: Así se presenta graciosamente ante ti el último *El que usa a los hombres* que visitó este valle.

LA CARRERA DE LA LIEBRE Y EL ERIZO

A aquel hombre le gustaba escribir cuentos. No sólo por los cuentos en sí, sino que le gustaba escribir propiamente dicho. Se deleitaba trazando letras negras sobre papel blanco y disfrutaba con el olor de la tinta. Pero también estaba encantado con que la gente los leyese, y al acabarlos los enseñaba a sus amigos más próximos, o los mandaba por correo a las querencias más lejanas.

Un día sonó el teléfono y, aunque no era habitual en él, contestó.

Reconoció la voz de uno de sus lectores más entusiastas, que tras felicitarlo por el último envío, continuó diciéndole:

- Pero la próxima vez mándamelos en un "disquete". No seas anticuado.

Él sabía que más tarde o más temprano tendría que hacerlo. Las personas se comunicaban así ahora.

Con lo que se compró un ordenador con varios programas útiles, y una amplia variedad de inútiles, y se dispuso a luchar con aquello.

Pasaron varios meses hasta que consiguió una relación no extremadamente conflictiva con aquel cacharro, y cuando le pareció que se habían domesticado recíprocamente lo suficiente, comenzó a pasar a "disquetes" sus cuentos.

Había escrito muchos, y como en el ordenador escribía con dos dedos, tardó casi dos años en transcribir a impulsos electrónicos, o lo que fuera eso, todas las pilas de papel manuscrito. Pero al fin terminó.

Se sintió triunfante frente a la máquina y pensó que todavía había conseguido no descolgarse del tren del progreso, pero luego reflexionó sobre el hecho de que no había escrito nada nuevo en todo ese tiempo y se sintió molesto con él mismo.

Así que no tuvo más remedio que mandar a sus amigos, antes de que le dieran por muerto, puesto durante aquellos años ni había contestado al teléfono ni había salido prácticamente de casa, los viejos cuentos en el nuevo formato de "disquetes".

Pero la respuesta de ellos no se hizo esperar y fue desalentadora. Los "disquetes" no se podían leer puesto que los había hecho utilizando un programa obsoleto que ya no se producía.

Nuestro amigo tuvo que comprar el más moderno de los programas, que resultó incompatible con su "viejo" ordenador, lo que lo obligó a adquirir otro nuevo. Y aunque era mucho el dinero gastado parecía una nimiedad comparado con el tiempo perdido.

Se puso con desesperación a tratar de entender el nuevo programa, y una vez conseguida una mínima base se ocupó de volver a transcribir aquellos cuentos al nuevo formato. Y durante una cantidad infinita de días no hizo otra cosa.

Dos años más tarde logró culminar su tarea y sonrió satisfecho. Aunque la sonrisa desapareció cuando le informaron que había utilizado un sistema operativo ya obsoleto y que nadie utilizaba. Compró el nuevo sistema, que por supuesto no era compatible con ninguno de los dos ordenadores anteriores, y como un salvaje se lanzó a la tarea de volver a copiar los cuentos. Pero luego resultó que esos "disquetes" ya no se utilizaban, y cuando consiguió traducir toda su obra a los nuevos, su programa de tratamiento de textos había vuelto a quedar obsoleto.

Durante quince años de su vida no había escrito una línea nueva, había perdido a sus amigos, y nadie había leído un cuento suyo. Y de repente vio con toda claridad lo que tenía que hacer.

Desde hacía unos días había aparecido un nuevo vendedor de higos en el puerto de Esmirna. Terminada su mercancía se sentaba con sus recientes amigos y mientras el tiempo transcurría dulcemente, les contaba cuentos. Todos le querían y él fue feliz.

LOS MÚSICOS DE BREMEN

En el reino feliz de aquel monarca ingenuo todo iba bien menos para algunos a los que todo iba mal.

Uno de esos desafortunados caminaba lentamente, con las manos en los bolsillos, por una senda del parque del rey abierto graciosamente al público, mientras que consideraba su suerte. Acababa de cumplir cuarenta y cinco años, tenía mujer, cuatro hijos, y desde hacía mucho tiempo estaba en una situación que, en aquella época, se denominaba "parado".

Sabía leer y escribir y tenía cierta cultura; podía hacer cuentas y escribir cartas, conocía el arte de afilar un formón y cepillar la madera, no le asustaban las máquinas herramientas y algún rudimento de albañilería también poseía. Además, el se encontraba fuerte, joven, y con ánimos para realizar cualquier tarea, fuera de pocero, mozo de mesón, descargador de sacos o vigilante del patrimonio del rey.

Todas las mañanas leía junto a la catedral los anuncios en los que se ofrecían puestos de trabajo y acudía, ya que su formación se lo permitía, a todos ellos. Pero siempre se encontraba con la doble y amarga respuesta: o bien todavía no tenía la experiencia requerida, o no era lo suficientemente joven para desempeñar esa tarea. Así que se pateaba las calles preguntando si alguien le necesitaba, y nadie parecía hacerlo.

No era una cuestión de necesidad económica, sino de respeto. El rey, que aunque ingenuo era benevolente, había dispuesto que a gentes como a él le entregasen una cierta cantidad de dinero mientras durase su situación. El problema era su dignidad. Los heraldos anunciaban por las esquinas que aquel que no trabajaba era porque carecía de formación o era un vago, en los corrillos se oía con frecuencia la expresión de que "el que no trabaja es porque no quiere", su mujer empezaba a tratarlo con cierto desprecio, y en la mirada de sus hijos comenzó a percibir que le consideraban tonto. Llegó a una glorieta del parque y se sentó en un banco, cansado y abatido.

Por otro de los caminos del parque avanzaba un artista que había contraído la enfermedad innombrable. Todos le habían abandonado. La gente se apartaba a su paso como si su proximidad fuera de por sí contaminante, y se atrevían a señalar como un castigo de Dios su estado. Y mientras que notaba como aquel mal despiadado roía todo su ser, no dejaba de ver las nubes como siempre, seguía asombrándose con el color de las flores, enterneciéndose frente a la sonrisa de un niño, o queriendo con frenesí al propio amor. Pero su tristeza era infinita. No sólo la maldad que anidaba en su cuerpo le anunciaba el próximo final de todo lo que amaba, sino que el aislamiento al que era sometido le agudizaba la soledad de su muerte. Llegó a una glorieta, vio sentado en un banco a alguien, y se sentó junto a él.

Una vieja y despreciada prostituta caminaba también en ese día por aquel parque. Recordaba esos senderos en la época en que los jardines formaban parte inseparable del palacio y ella era una joven cortesana adorada, querida, envidiada y regalada con joyas, vestidos, caballerías, delicados perfumes, e incluso palacetes. Ahora, aunque rica, era vieja, desdentada, reumática, cegata y repulsiva bajo los coloretos, maquillajes y afeites. Nadie parecía reconocerla y los bienpensantes la miraban con desdén. Llegó a una glorieta, vio sentados en un banco a dos personas, y se sentó junto a ellas.

Aquel mendigo que vagaba por el parque siempre había hecho, según pensaba, cuando ese pensar le era permitido por el alcohol permanente, lo que le había dado la gana. Nadie lo hubiera supuesto al contemplarlo, dadas

sus ropas mugrientas, su semblante abotargado y el hedor que desprendía. Hacía falta realmente un portentoso esfuerzo de la imaginación para ver en él el final desastroso de lo que en un momento fue un niño. Pero a nuestro mendigo todo eso le era indiferente. Lo suyo no era problema de dinero, pues tras largos años de pedir, robar, o hacer algún trabajo sigiloso, sucio, y bien pagado, mantenía en el fondo de su asqueroso zurrón una buena cantidad de billetes, la mayor parte de ellos sin valor en cuanto caducados, que nunca miraba pero que sabía que estaban allí. Su problema no era el dinero, no, su problema era una cosa que el vino le hacía ver con claridad, pero que siempre olvidaba al día siguiente. Llegó a una glorieta, vio a tres personas sentadas en un banco, les pidió rutinariamente limosna, y al ver que no le hacían el menor caso, se sentó junto a ellos.

Las ardillas del parque, cuando me contaron esta historia, no se pusieron de acuerdo sobre quien fue el primero de nuestros cuatro amigos el que empezó a hablar. Pero hablaron y se contaron sus vidas. Al final de su conversación, cuando ya empezaba a refrescar en el parque, el parado dijo:

- A mí lo que más me duele de todo es el desprecio de la gente. ¿Qué es lo que os duele más a vosotros?
- El desprecio de la gente - dijo la vieja prostituta.
- El desprecio de la gente - dijo el mendigo.
- El desprecio de la gente - dijo el artista moribundo.

Pasaron un rato en silencio, y luego habló la vieja prostituta:

- Nuestra pena es el desprecio que sentimos, pero creo que también es nuestra soledad. Quizá podríamos invitar mañana a reunirse aquí a mediodía a todos los que sienten ese desprecio.

Las ardillas me contaron que acordaron hacerlo así y que se despidieron cortésmente con un "hasta mañana". Y el mañana llegó enseguida. A mediodía volvieron a encontrarse en la glorieta del parque nuestros amigos. Y volvían a estar solos ellos cuatro. Se confesaron que se habían pasado la noche invitando a aquellos que pensaban que se sentían despreciados a que invitaran a otros que se sentían despreciados para que, a su vez, invitaran a otros que sufrieran el desprecio, para que vinieran al parque al mediodía y así no estar solos.

- Pero es mediodía - dijo el mendigo - y aquí estamos los cuatro y nadie más.

Cuentan las ardillas que en ese momento vieron como aquellas personas se entristecían dentro de su propia tristeza y que el viento de la soledad comenzó a levantar remolinos de hojas secas. Pero pronto comenzó a oírse un murmullo lejano que se convirtió, casi enseguida, en ruido tumultuoso. Desde la entrada norte del parque se encaminaba hacia la glorieta una multitud de seres. Eran jóvenes airados que tras años de enseñanza y estudio se embrutecían por falta de trabajo, gentes violentas que habían llegado a eso por su sentimiento de inutilidad, personas maduras y sensatas hartos de sentirse tontos, individuos jubilados prematuramente llevados al término de la imbecilidad a base de tratar de rellenar su tiempo con lo que fuera, peones del campo aburridos de taberna y fútbol, aprendices de suicidas por el miedo a la nada... Y llenaron casi por completo los jardines tan graciosamente cedidos por el rey a su pueblo.

Pero otra multitud trataba de entrar por la el acceso sur. Era la masa infinita de los miserables. Las gentes sin techo, los que dormían en los albergues de caridad del rey bondadoso, los que vagabundeaban sin sentido por los campos, aquellos que vestían de harapos y tenían las uñas sucias, los que habitaban en las cloacas de las ciudades, quienes recogían cartones por las calles y hurgaban en las papeleras... Y se fundieron con la masa de desempleados quedando el parque casi abarrotado.

Pero, ya pugnaba por entrar por la puerta esta la multitud de los enfermos. Agonizantes en su angustia, solitarios desahuciados en la frialdad de las habitaciones de los hospitales, los portadores de llagas repugnantes, mudos, sordos, ciegos, gentes sin brazos, o sin piernas, o sin medio cuerpo, paralíticos, tullidos, vidas babeantes, locos, esquizofrénicos, tontos, simples... Y los que ya estaban dentro les acogieron fraternalmente en aquella gran hermandad de los que sufrían el desprecio.

No había nadie más en aquel inmenso parque cuando se empezó a escuchar el terrible sonido de aquella masa sobrecogedora que trataba de penetrar por la puerta oeste. Era la tremenda avalancha de los feos. Enanos, gigantes, gordos, deformes, narizotas, bizcos, cabezones, orejudos, quemados, tuertos, patizambos, chepas, dentones, deformes, tartamudos... Y como ya no cabían en el parque no tuvieron más remedio que asaltar el castillo del rey para hacer sitio a los recién llegados.

El buen rey al verse rodeado de aquella chusma abdicó en nadie sabe quien y se largó, y lo mismo hicieron los bienpensantes ante tanto desorden. Allí se quedaron los despreciados y la verdad es que nunca echaron de menos a los que huyeron.

Fueron las ardillas las que me contaron los orígenes del país que me acogió hace tiempo y en el que espero terminar mis días. Nadie de los que vivieron esos momentos cuenta nada de ellos, pero en el parque cedido al pueblo por aquel que se dice fue un buen rey hay un banco, en una glorieta, en el que reposan sentadas cuatro estatuas. En una de ellas se reconoce a una vieja y fea puta, en otra a un hombre de mediana edad con un cansancio infinito expresado en sus hombros caídos y en los rasgos de su rostro, otra de ellas representa a un enfermo en su fase terminal y la última sólo puede corresponder con un mendigo alcoholizado. Siempre vi flores junto a esas figuras y con el paso del tiempo he terminado poniéndolas yo mismo cada semana.

LAS ZAPATILLAS ROJAS

Al pasar junto a un árbol, camino del mercado, nuestro amigo no vio a unos duendecillos que descansaban entre las ramas.

- El no sabe - preguntó el primero de los duendes al segundo refiriéndose a ese individuo humano que por allí caminaba - que lleva la luz del desequilibrio sobre su cabeza, ¿verdad?.

- No lo sabe - contestó el segundo duende - y nunca lo sabrá hasta su último momento que yo veo muy lejano. Pero en el día de hoy comenzará su desequilibrio y nadie podrá evitarlo.

Y como para los duendes aquel hombre sólo formaba momentáneamente parte de lo que en ese momento veían, su importancia fue desapareciendo según el tamaño de aquella figura disminuía al alejarse. Pronto sólo fue una manchita en el camino hacia el pueblo; y luego nada, ni en paisaje ni en el recuerdo de los duendes.

A nuestro amigo le gustaba ir al mercado que se establecía el día siguiente a la luna llena en la pequeña aldea. Llevaba a él algo de lo que podía prescindir y lo cambiaba por otra cosa útil o hermosa con la que disfrutaba. Y no sólo era ese cambio siempre ventajoso lo que hacía adorables los días de mercado, sino la posibilidad de charlar, aprender y reír con otras gentes, de escuchar historias y contarlas, de ver maravillas procedentes de lejanas tierras y oler especias, hierbas, y perfumes desconocidos.

Y se acercó ilusionado a los primeros puestos sin ser consciente de que, como habían vislumbrado los duendes, el comienzo de su desequilibrio iba a comenzar en pocos instantes.

Nuestro buen hombre llevaba esta vez para cambiar en el mercado una cabra, y pronto empezó a negociar con ella en medio de saludos, risas, conversaciones y recuerdos. Pronto alguien le ofreció por ella una hermosa daga, y él aceptó en su corazón. Dudó, no por que no estuviera seguro del cambio, sino porque todavía no era mediodía y le gustaba tener un pretexto para formar parte de aquello durante todo el tiempo que fuera posible. Pero la daga era del mejor acero, tenía una preciosa empuñadura de marfil y su funda estaba delicadamente trabajada. Con lo que la cabra y la daga cambiaron de dueño.

Púsose la hermosa daga en el cinto, y como nada tenía ya que negociar vagó entre las tiendas, escuchó historias, y pasado cierto tiempo se dispuso a volver a su casa. Ya estaba a punto de dejar atrás los últimos tenderetes cuando se cruzó con un desconocido ricamente vestido que miró fijamente la daga, le paró amablemente y le dijo:

- Me gusta mucho la daga que llevas. ¿Cuánto quieres por ella?

Era la primera vez que a nuestro protagonista le pasaba algo así. Cuando otra persona deseaba una propiedad suya le ofrecía algo que le perteneciera. No se hubiera sorprendido si le hubiesen ofrecido por la daga un carnero, o incluso - la daga era espléndida - un caballo. Pero no terminaba de entender a qué se refería aquel rico caballero cuando la preguntaba "¿cuanto?". Y así le respondió:

- ¿Cuánto de qué?

- De dinero, claro está.

Estaría claro para aquel elegante señor, pero no para nuestro amigo. Por supuesto que no era un ignorante y que sabía que aquella cosa del dinero se usaba para comprar y vender. Pero ni lo había entendido nunca ni mucho menos lo había utilizado hasta este momento.

- ¿Y cuanto dinero - le dijo tratando de dar a su expresión el deje que él suponía debía dejar establecido que estaba muy acostumbrado a tratar con dinero - me daréis por la daga?

- Cuatro piezas cuadradas y dos triangulares - le contestó mientras que se las mostraba.

Nuestro amigo no estaba dispuesto a cambiar su hermosa daga por esas piezas de metal cuadradas y horadadas y esas otras con forma de triángulo, con lo que negó con la cabeza.

- Pues que sean cinco piezas cuadradas entonces - dijo en respuesta a su negativa el hombre rico.

Estaban ahora rodeados de un pequeño círculo de curiosos que acogieron con un murmullo de asombro la última oferta, asintiendo gravemente con sus cabezas.

Y como percibía que de no aceptar ese dinero a cambio de la daga quedaría como un tonto delante de todo el pueblo, la daga y las cinco piezas de metal cambiaron de dueño.

Al llegar a casa todos le esperaban con la misma ilusión con que lo hacían cada vez que iba al mercado. Siempre volvía de allí con cosas útiles o bonitas y a los pocos días nadie se acordaba de lo que habían entregado a cambio. Así que cuando depositó sobre la mesa aquellas piezas de metal cuadradas y horadadas hubo una decepción general.

- ¿Qué es eso tan feo? - Se atrevió a preguntar el más pequeño, aunque todos pensaban igual.

- Esto es algo con lo que se puede obtener todo - dijo nuestro hombre con una sonrisa de satisfacción -, se llama dinero.

- ¿Quieres decir - indagó su mujer - que son piezas mágicas que cumplen los deseos?

- Algo así son - repuso - puesto que con ellas podemos tener lo que queramos.

- Entonces quiero - dijo la mayor de las hijas hablando con seriedad con el montón de metal - una casa nueva y una cena espléndida para esta noche.

- No se usan así - explicó a todos nuestro personaje -. Sirven para "comprar" cosas; es decir, que si alguien va al mercado con un cerdo yo me acerco a él y le doy estas piezas de metal a cambio de su cerdo, y él las acepta porque puede cambiarlas a su vez por una cesta de dulces, y el que antes tenía la cesta de dulces coge las piezas de metal porque sabe que puede cambiarlas por telas, y así sucesivamente.

La familia escuchó con respeto lo que decía. Y se imaginaron lo contento que volvería a su casa con una cesta de dulces el que había ido con su cerdo al mercado, y también veían cómo en la casa del que había llevado la cesta de dulces ahora comenzaban a cortarse unos vestidos con las telas que había conseguido a cambio. Pero la verdad era que el padre había salido de la casa aquella mañana con una cabra y lo que tenían ahora sobre la mesa eran sólo unos trozos feos de metal.

Alguno pensó que el que era verdaderamente listo era quien hacía esos trozos de metal horadados que luego podía cambiar por las cosas más apetecibles, pero como no parecía que estuviese el horno para bollos, se abstuvo sabiamente de expresar en voz alta su pensamiento. Y se contentaron soñando con las maravillosas cosas que en el próximo mercado podrían obtenerse a cambio de aquellos metales asquerosos.

Así, cuando al día después de la siguiente luna llena, vieron partir al padre hacia el mercado llevando en un pequeño saquito las piezas de metal empezaron ilusionados a imaginarse las maravillas con las que volvería al atardecer.

Le vieron aparecer de vuelta antes de la puesta de sol. Estaba radiante.

- Fijaros - les dijo - todo lo que he conseguido con nuestras pocas piezas de dinero. - Volcó el saquito sobre la mesa de la cocina y en lugar de los conocidos cinco cuadrados horadados aparecieron tres figuras de metal con forma de pez.

- Esto equivale a setenta piezas cuadradas - les informó lleno de orgullo - y os voy a contar como las conseguí. Al llegar al mercado compré con el dinero que llevaba cuatro jamones bien curados a alguien que tenía prisa por deshacerse de ellos, luego los volví a vender y me dieron casi el doble de lo que había pagado, compré entonces todo un cargamento de carbón que estaba a muy buen precio, y lo vendí casi enseguida ganando una cantidad muy apreciable, con la que compré sedas y aromas que tuve la suerte de vender a un precio más elevado, y aquí estoy entre vosotros con todas mis ganancias.

Cada uno de los miembros de la familia miró con tristeza a las tres figuras de metal con forma de pez que descansaban sobre la mesa. Pensaron en lo ricos que podrían haber estado los jamones, o los calientes que hubieran estado todo el invierno con el cargamento de carbón o incluso los elegantes y perfumados que estarían en esos momentos. Pero se consolaron pensando que en el próximo mercado por fin se cambiarían aquellos metales por algo más tangible y deleitoso.

Nunca verían sus ojos algo parecido a eso. Nuestro hombre había enloquecido por el descubrimiento del dinero y poco se podía hacer por él a estas alturas. No pudo esperar a la feria de la próxima luna llena y marchó con sus tres peces metálicos a otro mercado más distante pero que se celebraba los días próximos. Al cabo de unos días regresó de su viaje y puso orgulloso sobre la mesa veinte pececillos de metal. Habían sido propietarios momentáneos de cinco caballos, que fueron después treinta ovejas, que se convirtieron en ocho cubas de vino añejo, que pasaron a transformarse en una cosecha de trigo que luego fue una pequeña granja, y ahora eran los pececillos de metal sobre la mesa.

Y nuevamente marchó a sus negocios, y a la vuelta no trajo pececillos ni ninguna pieza de metal. Extendió seriamente sobre la mesa un papel e informó solemnemente:

- Ahora sí que estamos dejando de ser pobres. Somos copropietarios de un barco que navega cargado de algodón hacia países lejanos de donde traerá a su vuelta las mercancías más preciadas.

Pero todos sabían ya que, aunque fueran sus dueños, nunca navegarían en ese barco, ni saltarían sobre las pilas de algodón, ni disfrutarían de ninguna de las maravillas que traería a su regreso. Ni siquiera lo verían.

Y comenzaron, según nuestro amigo, a ser ricos. Compró y vendió cargamentos para comprar y volver a vender mansiones suntuosas y palacios, para comprar y volver a vender explotaciones agrícolas, minas, ferrocarriles, siderurgias, fabricas de armas, editoriales... cerró empresas rentables porque le convenía para su lucro, y destruyó cosechas enteras pensando en la rentabilidad. Su dinero se movía de acá para allá acrecentándose y sin ninguna otra finalidad que su acumulación para su acumulación posterior. Nunca vio o disfrutó de aquello que poseía porque sólo lo tenía el tiempo indispensable antes de venderlo de nuevo. No podía detenerse, y hasta el día de su desaparición nunca pudo parar. Momentos antes de su muerte recordó una hermosa daga.

EL RUISEÑOR

En aquel país nadie cerraba las puertas de su casa. Uno podía pasearse solo por los pasajes más recónditos sin temor a un disgusto, y las parejas de jóvenes podían perderse en la noche sabiendo que no iban a tener ningún incidente. Para no cargar con ellas podían abandonarse a la entrada de los comercios las bolsas de la compra en la seguridad de que nadie las tocaría, y si alguno de los habitantes echaba de menos algo, sabía con certeza que era porque se le había perdido y que pronto lo recuperaría.

El respeto por la vida, la apacibilidad y las propiedades de los demás era algo que los más pequeños aprendían enseguida, y que a lo largo de sus días no cuestionaban nunca, ya que las cosas eran así porque así eran. Y de esta forma pasaban su vida nuestros queridos seres, con sus lágrimas y alegrías, con sus rutinas y sorpresas, pero carentes de un problema que en otros lugares sí era importante.

Y como el comportamiento en este aspecto de los habitantes de aquel país era verdaderamente sorprendente para los visitantes que provenían de la jungla ciudadana, se llegaron a escribir sabios libros sobre ellos.

Y uno de esos libros llegó a manos del emperador de aquellas tierras. El emperador se sintió halagado porque su país fuera objeto de tal estudio por un sabio tan reputado, lo abrió lleno curiosidad, y empezó su lectura.

"En ese hermoso país reina la seguridad", comenzaba el libro. Y el emperador no leyó más. Cerró el libro con furia y convocó a sus ministros.

- Me he tenido que enterar por un libro - les dijo furioso en cuanto estuvieron en su presencia - que en mi país reina una tal Seguridad sin mi conocimiento ni permiso. Quiero que se me informe inmediatamente de quién es esa reina, cuáles son los territorios que administra y por qué no está incluida entre la lista de reyes vasallos de mi imperio.

Sus ministros corrieron a indagar, puesto que conocían que sus puestos estaban en peligro. Se consultaron mapas, legajos y viejas actas de sumisión, se interrogó a embajadores, gobernadores, alcaldes e incluso a peregrinos, pero no hubo ningún resultado.

Y así a la mañana siguiente los cansados ministros informaron al emperador de que ninguna reina de ese nombre era conocida en todas las tierras del imperio.

- ¡Lo dice aquí! - gritó el emperador señalando el libro - lo ha escrito un sabio, habla claramente de mis territorios, todo el mundo lo está leyendo por ahí fuera, todos los extranjeros parecen saber que esa reina Seguridad domina este imperio, y aquí no nos enteramos - y rojo de ira concluyó - Yo me pregunto ¿Por qué no nos enteramos?, ¿eh?.

- Quizá - dijo apaciguador el primer ministro - se trate sólo de una metáfora del sabio autor del libro.

- ¿Qué quieres decir con eso? - tronó el emperador.

- Permitidme que os pregunte varias cosas - dijo humildemente el primer ministro - y en vuestras propias respuestas posiblemente encontremos la solución. ¿Dónde está vuestra guardia personal?

- ¡Qué tontería! - contestó perplejo el emperador - Pues en ningún sitio. Todos sabéis que no tengo guardia personal. Los guardias están donde tiene que estar: en las fronteras.

- ¿Y quien cuida del tesoro del imperio? - continuó con su interrogatorio el primer ministro.

- Pues nadie, puesto que las monedas y joyas no necesitan ni bebida ni comida, ni tienen frío ni calor.

- ¿Y no tenéis miedo a que alguien las robe?

- A nadie se le ocurriría; todos sabemos que eso no se debe hacer.

- ¿Cuántos presos hay en las cárceles?

- ¿Creéis que estoy senil? - dijo mosqueado el emperador -, aquí no hay cárceles.

- ¿Que escolta lleváis cuando salís del palacio?

- Pues ninguna. En mis territorios reina la seguridad.

Hubo un gran silencio. El emperador se levantó de su trono, miró a sus ministros lentamente y luego, dándose una fuerte palmada en la cabeza exclamó:

- ¡Pero qué bruto soy!. Venga, venga, todo el mundo a su trabajo que voy a continuar con el libro.

Esa historia se extendió por el imperio, y durante unos días fueron conscientes de la seguridad de la que disfrutaban. Luego, simplemente siguieron viviendo.

Al cabo de unos meses nuestro emperador recibió un obsequio de parte de otro emperador de allende de los mares.

Era una caja voluminosa que venía acompañada de una breve nota. En ella se decía: "Sé que amáis la seguridad y aquí os la envío".

Abrieron la caja y de allí salió un autómatas mecánico del tamaño de un hombre. Avanzó unos pasos y se situó en el medio de la sala.

El emperador imaginaba cual podía ser su funcionamiento, con lo que se dirigió hacia su primer ministro y trató de darle una bofetada, pero apenas iniciado el gesto, el autómatas golpeó al emperador y lo tiró al suelo.

El emperador se levantó del suelo sonriendo. Se dirigió a su primer ministro y le dijo:

- Acompáñame a la sala del tesoro - y luego dirigiéndose al autómatas continuó - y tú también.

Los dos le siguieron. Al llegar a la montaña de joyas el emperador ordenó a su ministro que se guardase alguna en el bolsillo, pero cuando éste trataba de obedecer a su superior el autómatas lo cogió de las orejas y lo zarandeó hasta que arrojó la gema al montón.

- Y ahora - dijo el emperador a su ministro - vete a tu despacho y haz una trampa en las cuentas del imperio. Y tu - se dirigió al autómatas - ve con él.

El primer ministro aún sabiendo que se trataba de una especie de prueba para el autómatas sintió una profunda náusea ante lo que tenía que fingir hacer. Pero superó el momento y comenzó a elaborar una trama de partidas contables en las que se desviaban fondos públicos hacia su propio uso privado. En el momento en que comenzó a establecer las partidas sintió un pescozón en la nuca. El autómatas no le dejaba hacerlo.

El emperador quedó impresionado por el comportamiento del autómatas y pidió a su colega de allende de los mares que le enviase más. Llegaron unos cuantos y a uno de ellos le situó permanentemente junto al tesoro, otro lo colocó en las oficinas de las cuentas del imperio, otro hizo que le acompañara permanentemente y al último lo colocó a las puertas de palacio.

Al ver el comportamiento del emperador todos desearon tener un autómatas que les proporcionara seguridad, y los importaron por millares. Delante de cada casa que se preciase estaba su autómatas para protegerla, los mejores comercios tenían al autómatas para cuidar las bolsas de sus clientes, los enamorados se perdían en la

noche protegidos por un autómata, y en las escuelas y en las familias comenzaron a enseñar a los más pequeños que había ciertas cosas que no podían hacerse por miedo al castigo de los autómatas.

Los mayores todavía pensaban que lo que no debía hacerse era porque no debía hacerse, pero los más jóvenes se reían de ellos y mantenían que podía hacerse todo mientras que no te castigasen los autómatas. Pero los autómatas eran simples máquinas que de vez en cuando se estropeaban, y cuando una de ellas lo hacía cundía el crimen alrededor. Los expertos en manejar autómatas pudieron evitar su vigilancia y alguno de ellos comenzó a recibir sobornos para que fallasen en el momento adecuado.

Desde la terraza de su palacio el emperador, junto al autómata que le protegía, podía ir localizando en la noche, por el incendio de los pillajes, los puntos en los que iban estropeándose, como cada día, los autómatas. Y mandó llamar al ejército de las fronteras. Los pocos autómatas que todavía no habían sido reprogramados para la corrupción se lanzaron contra los soldados al verles esgrimir armas, y la batalla duró meses. Destruyeron a todos los autómatas, el emperador se rodeó de una guardia leal, protegieron con fieros y fieles soldados el tesoro, y el ejército cayó como una maldición apocalíptica sobre todo el imperio para restablecer el orden.

El emperador agonizaba. Las nuevas cárceles estaban abarrotadas, y corría la sangre de los cientos de ejecutados cotidianamente, en las escuelas y en las familias se comenzaba a contar a los pequeños que las cosas que no se podían hacer no se podían hacer por respeto a las leyes. Y debería pasar mucho tiempo hasta que ese respeto a las leyes fuera un valor primordial. Después, mucho después, pero mucho después, quizá podría volverse a contar que las cosas que no pueden hacerse no pueden hacerse porque no pueden hacerse.

El último pensamiento del emperador fue hacia aquel día en que se indignó cuando leyó en un libro que en su país reinaba la seguridad.

LA PEQUEÑA CERILLERA

Cuando se licenció pensó que empezaba para ella la vida. Después llegaría el amor, y después, mucho después la muerte. Eran las tres heridas de las que hablaba el poeta.

En los años trágicos en los que vivió nuestra protagonista, querido lector, para aquellos que se consideraban ricos e ilustrados la pubertad era únicamente una continuación protegida de la niñez, la adolescencia se había transformado en una etapa de presunción, y la juventud era ya vejez prematura. Las leyes biológicas chocaban contra la memez cultural, y todo era un desatino.

Explico esto al lector porque quizá no pueda entender sin ello los avatares de nuestra protagonista que más de diez años después de su primera menstruación pensaba que la vida, el amor y la muerte comenzaban en ese entonces.

Tras su licenciatura comenzó a mandar "curriculum" por correo a todas las empresas que lo solicitaban, y también a las que no lo hacían. Recibió respuesta de unas pocas que le comunicaban que pasaría a formar parte del fichero de solicitantes para ocasiones futuras, y de las demás nunca volvió a tener noticia.

Rebajó sus pretensiones y empezó a buscar en otros niveles donde estaba claro que su formación universitaria no era necesaria. Tenía, como requerían buena parte de los anuncios, "buena presencia", y se sintió sobada y manoseada mentalmente por los sucios sebosos e insinuantes que la entrevistaban, aparentando seriedad, para trabajos nimios. Terminó aceptando un trabajo ínfimo y temporal pero en el que dejó claro, y fue aceptado, que su cuerpo estaba excluido totalmente de la relación laboral.

Su cuerpo era para el amor. Y a buscar éste se lanzó como desesperada.

Conoció a dictadores de costumbres, chantajistas de lágrimas, chulos de sexo y comedores de corazón. Se levantaba de la cama sintiéndose sucia, y se frotaba rápidamente en la ducha luchando entre la angustia de la noche pasada y la urgencia temporal de acudir ya, la hora, al último trabajo que por seis meses improporables había encontrado.

Así pasaron los años para ella, con esa vida y ese amor. De repente se sintió muy cansada. Entró en un bar y pidió una copa. En ese momento no lo supo, pero había comenzado el largo viaje que nunca terminaría: la sed inagotable con la que podría beberse mares de ginebra y océanos de ron.

Su belleza se fue deslizado por los taburetes de las barras de los bares y derritiéndose con los cubitos de hielo de los combinados. Y al cabo de unos años poco de lo que fue aquella chica bonita e ilusionada pudo reconocerse entre el serrín de las tabernas.

Encanecida, abotargada y deformada arrastraba ahora un carrito donde guardaba sus miserias y vomitaba el alcohol perruno bajo los pasos elevados de aquella ciudad mugrienta. Y bajo ellos mismos dormía envuelta en cartones.

Decían que hoy era nochebuena. Y mientras empezaba a caer la noche y la niebla en aquella ciudad sin alma, alguien puso en los brazos de aquella vieja del carrito un juego de miniaturas de botellas de licor. Ella las contó y había treinta y seis.

Se apoyó en el pilar de cemento de aquel paso elevado, y mientras que se oían los cantos de Navidad de aquel centro comercial cercano, entremezclados por el rugido de los coches y amortiguados por la niebla cada vez

más espesa, abrió la primera de las pequeñas botellas y se la bebió de un trago. Se recostó sobre su columna de cemento y se vio a sí misma.

Había acabado de licenciarse, estaba contenta y era preciosa. Celebraba con sus amigos y compañeros el fin de carrera. Bailaba, reía y compartía con todos la esperanza y la ilusión. Enseguida la contrataban para algo en lo era verdaderamente útil, la pagaban lo suficiente y la respetaban por lo que hacía. Se sentía orgullosa de su trabajo, charlaba con sus compañeros y se sentía digna y útil cuando regresaba a casa mientras miraba cariñosamente a las nubes que pasaban.

Pero aquellas nubes eran ya la espesa y pestilente niebla de aquel rincón debajo del paso elevado. Y mientras todavía se oían los villancicos de los grandes almacenes abrió y se bebió la segunda de las botellas de la colección de miniaturas.

Enseguida se sintió abrazada por alguien a quien quería. Era fuerte y suave en el amor. Enloquecieron cuando debieron y se sosegaron cuando llegó el tiempo. Siguieron abrazándose mientras dormían y conversando de todo mientras pasaban los años. Ya viejos se miraban con cariño, se ayudaban en sus crecientes deterioros y gozaban uno del otro con su compañía.

Pero un canto de borrachos navideños, desagradables y provocadores la sacó del ensueño. Miró su miseria, su carrito y su soledad y se bebió la tercera de las botellas.

Ahora viajaba por los mundos del planeta, montaba en elefantes, se bañaba en playas maravillosas, entraba en templos impresionantes, charlaba con pequeños de otras tierras, y proporcionaba una palabra amable y una ayuda a los desesperados.

Pero el jaleo de la ciudad espantosa volvió a despertarla de su sueño. Bebió otra botella y fue sólo una niña. Había lagartijas y campo y el puré que le daban le caía por la pechera. Una vez su padre le había puesto un pijama amarillo y como había metido las dos piernas en un solo pernil se caía sobre la cama y todo eran risas.

Pero esas risas no tenían nada que ver con las risotadas estúpidas que se oían debajo de aquel paso elevado y que parecían relacionarse con ella. Los despreció entre brumas y bebió otra botella.

De repente el Dios de las montañas, al que había conocido hacía muchos años cuando, muy pequeña, transitaba con mochila por las cumbres, estaba allí junto a ella.

- ¿Qué haces aquí, en esta ciudad miserable? - le dijo ella - Mira en qué se ha convertido ese proyecto de mujer que cantaba contenta por los valles, que jugaba con los potros recién nacidos y a quien asustaban las tormentas y las nieves. Mira donde duermo, observa mis dientes carcomidos y sucios, fíjate en mi pelo ya blanco y sin vida, y no te ocultó el vómito que mancha mis mugrientos vestidos. ¿A qué has venido?.

- A beberme contigo esas botellas que faltan, para que no lo hagas sola. - le contestó tranquilo el Dios de las montañas.

Y se las fueron bebiendo todas entre los dos. Cuando acabaron el Dios de las montañas dijo a aquella preciosa niña:

- Y ahora vámonos de aquí, que tengo que enseñarte el lenguaje de los pájaros.

A la mañana siguiente, esto es en Navidad, los sanitarios municipales que recogían a los indigentes muertos por congelación durante la noche, encontraron a aquella mendiga fea, vieja y alcohólica, tirada en medio de muchas botellitas de licor, ya vacías. La introdujeron en el furgón de los cadáveres y un camión que les seguía cargó con

aquel carro de la compra donde se acumulaban todas su pertenencias. Tenían prisa porque debían acudir a la comida familiar de Navidad. Allí se encontrarían con aquellos pequeños que luego estudiarían y serían licenciados. Estos pequeños, huidos del control de los mayores, se comunicaban mutuamente la existencia del Dios de las montañas, mientras que en medio de los juguetes, y en un rincón de la habitación, un periódico mostraba la foto de una vieja mendiga muerta por congelación. La misma que en ese momento, como una cría, comenzaba a aprender el lenguaje de los pájaros.

TRES DESEOS

Se acercaba el final del milenio según el calendario de las tierras del imperio, y el emperador, que conocía la levedad de juicio de todos sus habitantes, decidió visitar uno tras otro los tres grandes países sobre los que ejercía su autoridad.

Llegó al primero de ellos, reunió a sus notables, y les informó:

- Se acerca el final del milenio y quizá esta sea una época tormentosa. Conozco que la naturaleza humana, con sus creencias y supersticiones, puede hacer de estos tiempos algo difícil. Decidme qué es lo que deseáis.

El primero de los notables se adelantó y comunicó al emperador cuáles eran los deseos de las gentes de su país.

- Emperador - dijo con sumo respeto - muchos de entre nosotros piensan que el mundo se va acabar. Durante días y días, generaciones y generaciones, han trabajado pensando en el futuro, pero ahora parece que ese futuro va a dejar de existir. Rogamos a nuestro emperador que nos conceda la posibilidad de vivir a partir de hoy mismo sin pensar en ese futuro y deleitándonos, hasta nuestro previsible próximo fin, con todos los bienes de los que podemos gozar en el presente.

El emperador no se asombró por la petición. Y tranquilamente respondió:

- Que vuestro deseo se haga realidad.

Visitó a continuación al segundo de los países. Se reunió con sus nobles, les dirigió un pequeño discurso muy similar al usado en el país anterior, y escuchó lo que tuvieran que decirle.

- Emperador - comenzó a decir el comisionado - creemos que la proximidad del final del milenio es un anuncio de que el término de nuestro mundo está cercano. Por ello deseamos que estos últimos días podamos dedicarlos a la reflexión lejos de toda preocupación.

Y el emperador también les respondió:

- Que vuestro deseo se haga realidad.

Se dirigió después el emperador al tercero de los países, y los representantes del pueblo le plantearon su deseo.

- Emperador - comenzó a decir el mayor de los representantes - nuestras gentes piensan que tal vez el fin del mundo sobrevenga muy rápidamente. Pero como no se tiene muy claro que cosa exacta puede ser esa, y tampoco parece existir un acuerdo sobre lo que nos acontecerá después, si es que ese "después" tiene algún sentido, deseamos, de momento, seguir como si nada.

Y, como empezaba a ser costumbre, el emperador les respondió:

- Que vuestro deseo se haga realidad.

En el primero de los países se instauró el lema: *lo que no es consumo es despilfarro*, y comenzaron los tiempos del final del milenio. Los ricos se aprestaron a gastar sus fortunas y los pobres a no ahorrar nada de sus salarios. No se apartó, como siempre se había hecho, parte de la cosecha para que fuera simiente de la próxima temporada; sacrificaron a todas las vacas para convertirlas en carne comestible, y lo mismo hicieron con ovejas, cabras y cerdos; se comieron a todas las gallinas y pollos y acabaron con los huevos. El queso curado se dejó de

hacer puesto que exigía mucho tiempo de espera, y con la misma lógica acabaron por no producir siquiera el queso fresco, aunque tampoco importaba demasiado ya que la propia leche empezaba a escasear al no haber animales que la produjeran. Quemaron para calentarse, o para reírse, las traviesas de maderas de las vías del tren y los pueblos comenzaron a estar aislados. Y una vez consumida las cosechas no hubo más, puesto que también habían acabado con las simientes. Llegó el hambre, la miseria y la enfermedad, y en verdad que el mundo acabó para ellos.

En el segundo país se enfrentaron decididamente al fin del milenio bajo el lema: *no consumas, reflexiona*. Comenzaron a privarse de lo más superfluo, y los negocios que se dedicaban a producir y vender tales cosas tuvieron que cerrar y despedir a trabajadores y dependientes. Y como estos sólo contaban con los ingresos derivados de su trabajo tuvieron forzosamente que renunciar no sólo a lo superfluo sino también a lo necesario. Con lo que incluso las industrias y comercios que producían bienes de primera necesidad redujeron sus ventas y pusieron en la calle a más personas, que dejaron de comprar llevando al paro a más individuos que al dejar de comprar llevaron al paro a más individuos, y así sucesivamente.

Los campos dejaron de cultivarse puesto que nadie compraba las cosechas, las fábricas pararon y cerraron miles de locales. Llegó el hambre, la miseria y la enfermedad, y en verdad que el mundo acabó para ellos.

En el tercero de los países llegó el milenio pero el mundo no se acabó. Quizá, entre otras cosas, porque en aquel planeta en el que habitaban eran muchos y variados, y sólo a una pequeña parte de la humanidad le ocurría eso del milenio.

PULGARCITO

Estaba solo y se sentía perdido. Cogió un cigarrillo y fue a encenderlo cuando de repente se encontró en un secadero de tabaco. Era de noche y había una hermosa luna. Tocó unas tablas y de repente fue de día y vio a alguien que estaba serrando unas maderas mientras tarareaba una canción. Ahora estaba en una pequeña habitación en la que un hombre sentado al piano componía a la luz de unas velas. Le era difícil respirar en aquella fábrica de velas entre el olor a sebo y a sudor. Vio como uno de los trabajadores se secaba la frente con un pañuelo y súbitamente fue trasladado a un campo de algodón. Se fijó en un perro que bebía agua en un cuenco de barro y le invadió el olor a arcilla húmeda de la alfarería. Allí un individuo de edad indefinida se afanaba sobre su torno modelando recipientes. Pero ya no era el mismo individuo ni trabajaba la arcilla; ahora era un fabricante de tornos de alfarero el que tenía delante. Una puerta se abrió y entró en la estancia una mujer anciana con un cesto de alimentos. Pero enseguida dejó de ser anciana y pudo contemplar a una niña que corría descalza por los prados tratando de atrapar a una gaviota despistada. Y fue entonces el olor a mar y el ruido de las velas al hincharse por el viento. Conoció a los que en sitio distante cosían esas velas sentados a la puerta de su casa, y luego a los albañiles que habían construido la casa mientras se bebían unas cervezas en una taberna presidida por un cuadro en el que un individuo con peluca esgrimía con ferocidad una espada. Oyó el ruido y contempló el vaho, producto del temple del acero, y bajó a las profundidades de las minas donde se extraía el mineral de hierro y el carbón. Ahora contemplaba el trabajo de una familia dedicada a la fabricación de lámparas de seguridad. Observó a la más pequeña de todas encargada de embalarlas una vez terminadas y la vio ya abuela de un joven que estudiaba por la noche en enormes libros. Se trasladó a la imprenta donde se hicieron y notó el aire que acariciaba a los árboles que después fueron papel. Papel como el usado en aquel cigarrillo que ahora encendió. Ya no estaba solo, y había encontrado el camino de vuelta.

EL PESCADOR Y SU MUJER

Volvía nuestro amigo a su aldea contento tras haber hecho un buen negocio. Todos sus vecinos le habían confiado su ganado para que lo vendiera en el lejano mercado. Salió de su casa hacía ya bastantes días, llegó al mercado y consiguió, quizá por su inteligencia, o quizá más bien por la escasez, un buen precio por el ganado. Tentó bajo sus ropas la bolsa que contenía cien piezas de plata, y miró precavido alrededor mientras no podía contener su alegría.

A la salida de la villa encontró montada una tienda extraña y, desde su punto de vista, suntuosa. No se trataba de un tenderucho de feria, sino de algo en verdad sorprendente por su elegancia. A la puerta un caballero, con ropas impecables, charlaba con los viandantes y les invitaba a entrar. Sobre esa misma puerta, en un arco, se podía leer: "LA CANICA".

Nuestro personaje se paró un momento junto a la entrada, cosa que aprovechó el caballero de la puerta para decirle:

- Señor, me atrevo respetuosamente a invitarlo a participar en nuestra próxima reunión de "LA CANICA", que tendrá lugar dentro de pocos minutos. Pase, por favor, y vaya conociendo a los otros.

Nunca habían hablado a nuestro amigo con tanta deferencia. Le encantaba la elegancia del lugar y que aquel caballero le hubiera tratado de "señor". Y como en principio nada tenía que perder y sentía gran curiosidad, traspasó la puerta y entró en la hermosa tienda.

Se encontró con una amplia sala en la que se habían dispuesto una serie de sillas en círculo rodeando un pequeño espacio. Las alfombras eran de calidad y la iluminación espléndida, había una temperatura muy agradable y se sintió muy a gusto.

Había bastante gente, y muy pronto el caballero de la puerta la cerró, se situó en el centro de aquellos círculos de sillas y se dirigió a ellos:

- Caballeros - les dijo - ocupen las sillas y escuchen lo que tengo que decirles.

Todos obedecieron y se quedaron expectantes y cómodos, entre otras cosas porque habían sido tratados de "caballeros".

- Tengo que explicarles - continuó el elegante personaje - varias cosas. Denominamos a estas reuniones "LA CANICA" porque como pronto podrán comprobar todo empieza y sigue con una simple canica similar a aquellas con las que juegan nuestros niños. Pero nosotros no jugaremos con ella, nosotros crearemos riqueza usándola.

Los asistentes se miraron unos a otros halagados por las palabras que oían, curiosos sobre lo que podría ser, y temerosos de que todo aquello, como tantas cosas, no fuera más que un sacacuartos.

Como si hubiese leído los pensamientos de los asistentes, el maestro de ceremonias continuó:

- Por supuesto que habrá dinero en juego, como en todo proceso útil a la sociedad en la que vivimos. Pero yo sólo obtendré el diez por ciento de lo que ustedes ganen. Y eso significa que sólo si ganan me veré beneficiado y que cuanto más ganen ustedes más ganaré yo. ¿Están de acuerdo con estas primeras reglas?

Una actividad en la que por participar habría que pagar un pequeño porcentaje de lo que pudieras ganar, sólo en el caso de que lo hicieras, era, en principio, atractiva. Y todos, junto con nuestro amigo, asintieron con la cabeza.

- Pues bien - continuó desde el centro de la sala el director del espectáculo -He aquí una canica de vidrio - y sacándola de un bolsillo la mostró a todos -, una canica de vidrio bonita aunque vulgar. Pero esta pequeña bola de cristal os hará inmensamente ricos. Se trata sólo de que los que estáis aquí os comprometáis a comprarla siempre que esté en venta. Nada más.

El público, y entre ellos nuestro amigo, no terminaba de entender cómo podían enriquecerse con aquella especie de juego que les proponían. Pero siguieron escuchando con atención.

- Vamos entonces a comenzar, y para que veáis que yo sólo ganaré el porcentaje que os he dicho, vendo esta bolita a un precio simbólico de un centavo. ¿Quién la quiere?

Se alzaron muchas manos y alguien se hizo con ella. La vendió enseguida por el doble y el nuevo propietario no tardó en colocarla por diez centavos.

Comenzaron a entender de lo que se trataba: todos estaban dispuestos a comprarla puesto que todos estaban dispuestos a comprarla de nuevo. Pronto alcanzó el precio de una pieza de plata, y luego de dos, de tres, de cinco, de quince...

Cuando llegó a costar veinte piezas de plata nuestro amigo decidió participar en el juego y la compró por esa cantidad. Al momento siguiente la vendió por cuarenta. En un instante había ganado veinte piezas de plata. Todos los que participaban estaban ganando. Muchos de ellos salieron corriendo hacia sus casas, desenterraron sus tesoros y volvieron con ellos para seguir comprando y vendiendo con ganancia. La canica se vendía por ochenta piezas de plata cuando nuestro amigo la compró de nuevo. Y la vendió casi inmediatamente por el doble de lo que había pagado hacía un sólo momento.

El juego era maravilloso - pensó nuestro personaje - había entrado en la tienda con una bolsa que contenía cien piezas de plata y ahora tenía doscientas.

Así que cuando la canica llegó a valer doscientas la volvió a comprar.

La ofreció a la venta por cuatrocientas, pero como nadie poseía esa cantidad de dinero no hubo compradores. Nuestro amigo fue reduciendo su precio pero nadie se animaba. Y así trató de venderla por lo mismo que él había pagado, es decir, doscientas, pero tampoco a ese precio consiguió desprenderse de ella. Trató de recuperar, al menos, el dinero con el que había entrado y la ofreció por cien. Pero estaba claro que nadie quería arriesgarse. Desesperado llegó a ofrecerla por una sola pieza de plata.

- Desengáñate - dijo alguno de los presentes - todos sabemos que esa canica no vale una pieza de plata.

Y nadie la compró.

Fueron saliendo poco a poco de la tienda. Entre todos habían ganado cien piezas de plata, con lo que el organizador obtuvo diez. Y nuestro buen hombre se encontró sin bolsa y con una canica de vidrio.

Salió de la tienda y se encaminó triste hacia su aldea pensando qué explicación podría dar a sus convecinos. Miró hacia atrás y vio el gran letrero donde se leía: "LA CANICA".

- Mejor sería - dijo para sus adentros - que se llamase "LA BOLSA", puesto que sin ella me quedé.

EL ENANO SALTARÍN

Aquel reino estaba lleno de problemas, pero todos, comenzando por el monarca, tenían intención de irlos solucionándolos poco a poco, con habilidad, y con tenacidad.

Un día el rey recibió la visita de un extraño personaje. Venía recomendado por el emperador del País Maravilloso y el soberano, por cortesía, le dio audiencia.

- Decidme vuestro nombre - solicitó el rey.

- Perdonadme - contestó aquel ser - pero mi nombre es un secreto. Escuchadme en cambio lo que tengo que deciros. Conozco los problemas de vuestras tierras y os ofrezco mi ayuda para solucionarlos. La idea básica es muy sencilla y ya se está practicando con éxito en el País Maravilloso. Consiste en solucionar los problemas con palabras.

- Siempre he pensado que es el único camino. - contestó el rey - siempre se trata de dialogar, negociar y entenderse: sólo con las palabras puede hacerse eso.

- No me habéis entendido, majestad. - replicó el del secreto nombre - se trata de cambiar las palabras que designan a los problemas para que esos problemas se desvanezcan. Así la pobreza deja de ser, por ejemplo, un estado para convertirse en un leve tránsito dejando de llamar "pobre" al pobre y denominándolo "todavía no rico" , el enfermo se convierte en un "temporalmente alejado de la salud", el feo en "el que incorpora otros criterios de belleza", el engañado en "alguien que se alejó de la verdad", y así sucesivamente.

- Pero - preguntó el rey - ¿cual será el principio en el que debo basarme para instruir a mis súbditos en esta nueva perspectiva del lenguaje?

- En la prohibición de cualquier tipo de discriminación.

- ¿Estáis seguro que de esa prohibición se derivará la paz?

- ¿Cómo es consciente vuestra majestad de la existencia de conflictos? - Preguntó aquel extraño individuo.

- Todas las mañanas - respondió el monarca - recibo a aquellos que tienen quejas de cualquier tipo y trato de dar una satisfacción a todos. En estos tiempos, tan complejos, comienzo a medio día y muchas veces tengo que seguir recibiendo gente después de comer. Son muchos problemas.

- Yo os aseguro que de seguir mis indicaciones, majestad, nadie volverá a presentarse ante vos pidiendo justicia.

- Decís - dijo reflexivo el monarca - que si prohibimos todo tipo de discriminación, los problemas desaparecerán, y eso no lo entiendo. Pienso que impedir la discriminación llevará precisamente a incrementar las peticiones de justicia a las que tengo que atender. Tendré las de antes más otras muchas nuevas.

- Dejádmelo en mis manos - dijo el del nombre ignoto - y vos mismo comprobaréis los resultados. Sólo pido a cambio que si todo sale como yo espero me nombréis primer ministro de vuestro reino.

- De acuerdo - respondió el soberano - pero deberéis decirme vuestro nombre antes de entregaros todos los poderes.

- Os lo diré un momento antes de que me nombréis. Si lo adivináis antes, renunciaré a los derechos que vuestra promesa me otorgan. ¿Estáis de acuerdo?

El rey lo prometió y publicó un edicto según el cual quedaba prohibida todo tipo de discriminación entre los habitantes de su reino. Se retiró a sus habitaciones y esperó con curiosidad a la mañana siguiente.

Antes del crepúsculo ya se había formado una larga cola ante la sala de justicia del reino. En la antecámara, el ser sin nombre recibió al primero de los peticionarios.

- ¿Qué vais a exponerle al rey? - le preguntó.

- Que los campesinos del noroeste estamos hartos de que los ricos se...

- ¡Alto! - le interrumpió el sin nombre - Todo lo que acabas de decir atenta contra el edicto de nuestro rey sobre la discriminación. Deberías, si acaso, comenzar diciendo: "que las campesinas y campesinos del noroeste estamos hartos y hartas de que los ricos y ricas se..". Y, aún así, todavía estarías ofendiendo a ciertas sensibilidades. Vuelve cuando puedas expresar tus quejas en un lenguaje que no atente contra la prohibición de la discriminación.

El segundo peticionario, que había escuchado toda la conversación anterior, curándose en salud, cuando el sin nombre le preguntó a qué venía respondió:

- Nosotros y nosotras - comenzó, pero fue inmediatamente interrumpido.

- ¡Basta! - gritó el innumerable - Yo sólo veo a un individuo. A ti. ¿Dónde están esos vosotros y esas vosotras?. Vete y vuelve cuando en tu lenguaje no haya engaño.

El tercer peticionario era una mujer que aleccionada por lo que había contemplado y visto, comenzó diciendo:

- Soy la representante de un grupo de trabajadoras y trabajadores que...

- ¡Ni una palabra más! - gritó descompuesto el extraño ser - ¿Crees en las virtudes de las leyes antidiscriminación?

- Me parecen muy justas y necesarias por lo que...

- Entonces, por qué comienzas haciendo uso de una discriminación que no hace al caso. ¿Por qué afirmas que eres "la" representante? ¿Piensas que con eso tienes una ventaja que en el caso de que fueras "el" representante? Vete y vuelve cuando no trates de utilizar tu sexo como una distinción.

A la vista de cómo iban las cosas los peticionarios se fueron retirando, y cuando el rey llegó a la sala de justicia nadie esperaba. Tampoco vino nadie al día siguiente, ni al otro ni al otro.

Las gentes con problemas habían acudido a los mejores lingüistas para que les contaran cómo podían expresar sus asuntos al rey sin atentar contra las leyes antidiscriminación. Los lingüistas cobraron cada una de las consultas pero no pudieron imaginar un discurso en el que, en algún momento o de alguna forma, no se pudiera interpretar como contraria a la ley alguna expresión.

Así que los agraviados se dedicaron a tomarse la justicia por su mano y el país comenzó a ser un caos de violencia, rencor y venganzas. Pero esos mismos hechos tampoco se podían comentar porque el propio comentario terminaba siendo, en un sentido u otro, discriminatorio. Todo era paz y serenidad en las palabras de las gentes, en sus cartas y diarios, mientras se acuchillaban en los campos y la sangre corría por las calles.

Al cabo de un tiempo aquel ser sin nombre se presentó ante el rey y le dijo:

- Vengo a que me deis el gobierno del reino. Nadie se presenta ante vos a reclamar justicia y me hiciste una promesa si esto ocurriera.

- Cierto que lo prometí - contestó el monarca - pero resulta que sé cual es tu nombre. Y tu nombre es "FRAUDE", como yo soy "rey", y estoy "viejo", y esa es una "mujer" que tiene "hambre", y aquel es un "hombre" "desesperado" y ese otro es un "ladrón".

El personaje inmundo desapareció y nunca regresó. Y el rey volvió a recibir a sus súbditos que le exponían directamente y sin tapujos lo que ocurría. Las aguas volvieron a su cauce y nadie hizo más el idiota.

EL REY SAPO

En un pequeño valle habitaban dos familias. Cuando murieron los padres quedaron cinco hermanos ricos y diez hermanos pobres. El porqué unos eran ricos y otros pobres nadie lo sabía, pero lo que era cierto es que los cinco hermanos ricos heredaron una vieja mina de oro. Los hermanos ricos sabían que en el fondo de aquella mina había oro, pero no se sentían con capacidad ni con voluntad para llegar hasta allí. Así que un día convocaron a los hermanos pobres, y el mayor de los ricos les dijo:

- Sabemos que hay oro ahí abajo y vosotros podéis sacarlo. Buscarlo para nosotros y os daremos una onza de oro para cada uno por vuestro trabajo.

Los diez hermanos pobres sabían que les necesitaban, y también conocían que lo que les ofrecían por su trabajo podía ser mucho o poco en relación con lo que con su sudor obtendrían. Así que el hermano mayor de los diez pobres les dijo a los ricos:

- Bajaremos al pozo a por vuestro oro, pero a cambio queremos comer como vosotros, dormir como vosotros, vivir como vosotros.

- Así se hará - dijo el mayor de los cinco hermanos ricos.

Los diez hermanos pobres bajaron a la mina y fueron arrancando con su esfuerzo el oro a la tierra profunda. Al cabo del año obtuvieron veinte onzas de oro.

Cuando llegó el momento del reparto cada uno de los diez hermanos pobres recibió su onza de oro, y las diez onzas sobrantes se repartieron entre los cinco hermanos ricos.

Los hermanos pobres habían recibido aquello que les habían prometido, y los ricos habían obtenido su beneficio. Todo marchaba bien de momento, pero casi enseguida los diez hermanos pobres recordaron otros aspectos de la promesa. Por lo que hermanos ricos y hermanos pobres se volvieron a reunir, y el mayor de los pobres dijo a los ricos:

- Os respetamos porque dijisteis que nos pagaríais una onza de oro por nuestro trabajo y lo habéis hecho. Pero después de esforzarnos nosotros tenemos una onza cada uno, mientras que cada uno de vosotros tiene dos. Y también, no lo olvidéis, acordamos que seríamos como vosotros comiendo, durmiendo y viviendo. Por ello tendréis, en el próximo año, para poder cumplir vuestra promesa, que darnos dos onzas de oro a cada uno de nosotros.

- Una promesa es una promesa - dijo el mayor de los cinco hermanos ricos - así que trabajaréis para nosotros a cambio de dos onzas de oro para cada uno de los diez.

Los dos grupos de hermanos se separaron amistosamente pero nadie sabía como se iba a poder cumplir la promesa.

Los hermanos pobres se pusieron a reflexionar. Si de la mina de oro sólo se podían obtener veinte onzas de oro y eso era lo prometido como salarios los hermanos ricos no conseguirían nada y no tendría sentido para ellos explotar la mina, con lo que lo más lógico sería que la cerrasen y no habría oro para nadie.

Aunque también podía ser - argumentó uno de los hermanos pobres - que la propia promesa de ser iguales se volviera contra ellos y como los hermanos ricos nada obtendrían tampoco, para ser iguales, deberían ellos ganar

nada, aunque si así se hacía las veinte onzas de oro serían para los ricos y eso representaba la desigualdad total con lo que...

La misma confusión mental se advertía en la reunión que mantenían los cinco hermanos ricos. Los cuatro pequeños reprochaban al mayor el mantenimiento de la promesa que sólo podía conducir a su ruina en el caso de ser cumplida o al deshonor por su incumplimiento.

- Por mucho que te empeñes - dijo el menor de los hermanos ricos dirigiéndose al mayor de ellos - no puedes multiplicar el oro. Veinte onzas es todo lo que puede dar la mina y eso es lo que tenemos que pagarles. No hay solución.

- Dejadme que piense - replicó el mayor - que algo se me ocurrirá.

A la mañana siguiente el mayor de los hermanos ricos convocó a las dos familias y, dirigiéndose a los hermanos pobres, dijo lo siguiente:

- Como os prometí ayer los diez hermanos trabajarán para nosotros a cambio de dos onzas de oro para cada uno. Pero sólo dos lo harán en la mina. Se ha comprobado que si se utilizan para la extracción del oro detectores áureos una persona puede hacer el trabajo de cinco. Así que tres de vosotros os dedicaréis a fabricar esos detectores. Por otra parte - continuó - sé que deseáis vivir como nosotros, comer como nosotros, dormir como nosotros. Así que uno de vosotros trabajará como panadero, otro como cervecero, otro como alfarero, otro como albañil y el que resta como carpintero. Así las camas y muebles serán como los nuestros, como también se asemejarán vuestras casas, vajillas y comida. Y si nosotros nos gastamos las dos onzas de oro en tener todas estas cosas bien podréis usar las vuestras para conseguir lo mismo.

Y así se hizo. Los cinco hermanos ricos vigilaban el trabajo de los que fabricaban detectores áureos y extraían el oro de la mina, y vendían pan, cerveza, vajilla, muebles y habitáculos. De las veinte onzas de oro que producía la mina se quedaron con dieciséis una vez que pagaron cuatro a los dos mineros; y de esas dieciséis tuvieron que apartar seis para los tres que fabricaban los detectores áureos, con lo que acabaron otra vez con diez.

Pero los diez hermanos pobres se habían gastado su salario en casas, comida, platos, muebles y cerveza, y así, tras pagar a los cinco asalariados que de producir esas cosas se ocupaban, los hermanos ricos se encontraron con otras diez onzas de oro; veinte en total.

- No entiendo nada, - dijo el más pequeño de los hermanos ricos dirigiéndose al mayor - si nosotros tenemos veinte onzas de oro y a ellos les hemos pagado otras veinte quiere decir que has logrado multiplicar el oro.

- Si - dijo el mayor de los cinco hermanos - pero la promesa que hicimos no se ha cumplido del todo. Ahora cada uno de nosotros tiene cuatro onzas de oro mientras que cualquiera de ellos sólo ha ganado dos.

Parecidas reflexiones, aunque desde otro punto de vista, se hacían entre los hermanos pobres. Reconocían que vivían mucho mejor que antes y que la primera de sus cadenas de pobreza se había roto, pero quizá se podían seguir quebrando muchas más. Mañana propondrían trabajar por cuatro onzas de oro.

El mayor de los hermanos ricos esperaba esa petición. De momento no sabía como resolver el problema, pero ya se le ocurriría algo.

EL APRENDIZ DE BRUJO

Hubo una vez un rey bueno que un día recibió un presente del lejano y poderoso Emperador del Oriente. El regalo estaba cuidadosamente empaquetado, y al quitar la seda que lo envolvía nuestro rey halló dos cajas y una carta. Cuando comenzó a leer la misiva se encontró con lo siguiente:

"En prueba de mi afecto y recordando nuestra vieja amistad te envío algo que estoy seguro que te gustará. Abre ahora la caja azul y luego sigue leyendo lo que tengo que decirte..."

El Rey, que sabía que el Emperador gustaba de los juegos, interrumpió la lectura de la carta y tal y como se lo habían sugerido abrió la caja azul y extrajo su contenido.

Se encontró con algo parecido a una esfera plateada del tamaño de una sopera, con una abertura en el inferior y una pequeña manivela en un lateral. Nuestro Rey confiando en que nada peligroso podría derivarse de la utilización de un artilugio enviado por su amigo el Emperador comenzó a girar la manivelita.

Al comienzo nada pareció ocurrir pero poco a poco nuestro personaje empezó a ver como por el orificio inferior de la esfera empezaba a surgir algo.

Al cabo de veinte minutos de incómodo trabajo - ya que la manivela era demasiado pequeña para que la mano del Rey pudiera hacerla girar con facilidad - ya se percibía claramente el resultado.

El Rey se relamió de gusto al contemplar como de aquella esfera mágica surgía ya la mitad de una maravillosa naranja de la China de la que tanto él gustaba. Tras otros veinte minutos de darle a la manivelita la naranja completa estaba a su disposición, y la degustó con gran deleite. Después continuó leyendo la carta, que seguía así:

"...¿Te ha gustado, verdad?. Sé la ilusión que te haría poseer esta máquina que da esas frutas imposibles de cultivar en tu país y que tanto te gustan. Pero también sé que es muy lenta y que te ha costado mucho tiempo extraer una, y para solucionar ese problema te he mandado la caja pintada de rojo. Ábrela y luego sigue leyendo..."

En la caja roja se encontraban cuatro enanitos. Saludaron afables y luego, al ver los restos de la naranja de la China que el Rey había dejado se precipitaron hacia ellos, aunque manteniendo en lo posible la compostura, y los acabaron en un santiamén.

El Rey, asombrado, volvió a la carta, y en ella leyó:

"Como te puedes empezar a imaginar ya no será necesario que tu gires la manivela. Estos pequeños seres se alimentan de naranjas de la China y trabajarán para ti a cambio de algunas de ellas. Por lo demás son muy decorativos y pienso que quedarán muy bien en tus jardines. O sea, que disfruta de mi doble regalo y sé feliz.

¡Ah!, se me olvidaba pero es muy importante, estos enanos son serviciales, simpáticos, trabajadores y difícilmente te causarán problemas, pero se reproducen cuando ellos quieren. Es decir, que si de un día para otro deciden que deben ser mas, pues lo son y nadie sabe como lo hacen. Si te ocurre algo así te deshaces de los que te molesten y en paz.

Y paz es también lo que te desea tu viejo amigo el Emperador de Oriente."

El Rey estaba feliz. Consideró que le gustaría comer diariamente ocho naranjas de la China y pensó que con una naranja para cada uno de los enanos habría suficiente. Así uno de ellos daría a la manivela durante ocho horas y se llevaría a casa cuatro de las doce naranjas que obtendría.

Llevó a los cuatro enanos a un rinconcito agradable de los jardines, les instaló allí y les explicó el plan.

- En adelante - les dijo - viviréis aquí y podréis moveros libremente. Únicamente necesito que uno de vosotros, por ejemplo tú, - dijo señalando a uno de ellos - venga todos los días a girar la manivela de la máquina durante ocho horas y a cambio te entregaré cuatro naranjas. ¿Queda claro?.

Los enanos asintieron y así comenzaron a pasar los días. El enano trabajador recogía cotidianamente las cuatro naranjas que ponía a disposición de todos. Las comían con deleite y agradecidos, pero no les bastaba puesto que a cada uno de ellos le hubiera gustado comerse dos en lugar de una. Tampoco querían más, pero una era claramente insuficiente.

Los cuatro enanos se reunieron en consejo. Si pudieran convencer al rey de que utilizase a otro de ellos como trabajador podrían conseguir las ocho naranjas que deseaban, y así decidieron que otro de ellos debería trabajar, y por sorteo le tocó a alguien.

De esta forma, cuando al cabo de unas semanas el Rey los visitó e inquirió sobre la existencia de algún problema, uno de ellos alzó la mano y manifestó:

- A mí también me gustaría trabajar en la máquina.

El Rey volvió al palacio levemente preocupado. Su reino se regía por leyes, normas y costumbres, pero también sabía, en cuanto era ciertamente leído e instruido, que con el asunto de los enanos y la máquina de frutas había introducido el trabajo asalariado. Y claramente uno de aquellos pequeños seres le había informado de que deseaba trabajar y no lo hacía. Es decir, que en su reino existía un "desempleado", y esto, a él, no le agradaba en absoluto.

Nuestro rey nunca se había encontrado con un problema tal y decidió consultar algún libro. Adecuadamente colocado en la sección de Brujería de su biblioteca encontró un manual reciente sobre Economía.

Al abrir el manual se le nubló la vista y casi se desvaneció pero pronto se recuperó y encontró lo que buscaba: "el desempleo puede reducirse con la adecuada disminución de la jornada de trabajo".

Dejó de leer y se aprestó a la tarea. Anunció a los enanos que a partir de ese momento habría dos turnos de cuatro horas cada uno por el que se recibirían dos naranjas y así aquel que deseaba trabajar podría también hacerlo.

El mismo Rey vigiló que en el segundo turno se presentase un enano distinto al que había acudido al primero, puesto que como eran casi indistinguibles podrían hacerle trampas, y esa misma noche los visitó.

- Bien -les dijo - ahora están trabajando dos de vosotros: el que ya lo hacía antes y el que deseaba hacerlo. ¿Hay algún problema?

Los cuatro enanos lo tenían muy claro. Si ahora cada uno de los que trabajaba podía obtener dos naranjas, para conseguir las ocho que deseaban deberían trabajar los cuatro. Por ello los dos que todavía no trabajaban le comunicaron al Rey su deseo de hacerlo.

Algo parecía no funcionar, pensaba el Rey mientras que se dirigía a su palacio. Había reducido la jornada de trabajo y ahora en lugar de tener un "desempleado" se encontraba con dos.

- Pues que trabajen los cuatro - se dijo - poniendo cuatro turnos de dos horas a una naranja por turno.

Y así se hizo.

Los enanos se reunieron por la noche y uno de ellos habló expresando el sentimiento compartido:

- Tal como estamos nunca podremos conseguir las ocho naranjas que deseamos. Tal como están las cosas tendríamos que ser el doble.

Con lo que al día siguiente y sin saber nadie cómo y de que forma aparecieron cuatro enanos más, que comenzaron a gritar por el jardín demandando un trabajo.

El Rey redujo la jornada a una hora por media naranja para que trabajaran los ocho, pero al día siguiente había un total de dieciséis; y luego a media hora para pudieran trabajar los dieciséis, pero se encontró con treintidós al amanecer.

Mientras que nuestro personaje disfrutaba de sus ocho naranjas veía como ya sólo un octavo de naranja tomaba cada uno de los enanos. Sin embargo, la receta de aquel manual de economía no podía dejar de funcionar y decidió seguir reduciendo la jornada: a un cuarto de hora, a cinco minutos, a minuto, a medio minuto...

Su jardín se iba llenando de multitud de enanos. Pero ya no eran graciosos ni decorativos. Eran unas masas de seres famélicos que deambulaban sin sentido durante todo el día entreteniéndose su hambre con el pequeño trozo de gajo que les correspondía. Y cada día más gentes, más hambre, más dolor.

Nuestro rey no quería que todo ello acabase en sangre y volvió a la biblioteca a consultar el maldito manual de Economía. Al abrirlo surgió de él una nube luminosa que se materializó posteriormente en un alguien que miraba con preocupación y un tanto de reproche a aquel Rey.

- ¿Qué has hecho, insensato? - Dijo la aparición.

- Seguí las instrucciones del libro. - Contestó el monarca.

- Estáis locos, estáis locos. Estáis todos locos, quienes escriben estos libros y quienes los leen. Y además sois unos ignorantes. Unos locos ignorantes y peligrosos.

- Pero dime espíritu - balbuceó el Rey - ¿Qué podía haber hecho para dar trabajo a aquel desempleado?

- Desde luego nada parecido a lo que realizaste. Comenzaste con un desempleado y ahora tienes a miles de hambrientos. Podías quizá haber reducido la jornada a la mitad manteniendo el salario de cuatro naranjas; o quizá hubieras podido mantener la jornada de ocho horas elevando el salario al doble...

- Pero eso supondría - contestó el Rey - que de las doce naranjas yo me quedaría con cuatro y ocho irían a los enanos, y yo estoy siempre acostumbrado a tener el doble que los demás.

- Pues si es así podías haberles propuesto una doble jornada de ocho horas a cuatro naranjas por período. Ellos se hubiesen llevado las ocho que deseaban, hubiesen trabajado los dos que así lo querían y tu tendrías dieciséis naranjas en lugar de ocho.

- Pero yo sólo quiero ocho, no dieciséis.

- Pues ofrece las ocho que no quieres a un santuario dedicado la memoria de los economistas no estúpidos. Con que las renueves diariamente tendremos para todos y aún nos sobrarán muchas.

El espíritu desapareció lentamente y nuestro Rey levantó su cabeza del manual sobre el que dormido se había quedado. En el jardín sólo estaban los cuatro enanos regalo del Emperador. Se dirigió hacia ellos y les dijo:

- A partir de mañana necesitaré ocho naranjas más, con lo que el que me dijo que quería trabajar en la máquina podrá hacerlo cuando acabe su jornada de ocho horas el más antiguo.

Nuestro Rey había elegido unas piedras sobre el acantilado para depositar las naranjas como ofrenda. El sol se ponía, y pronto los animalillos, terrestres, acuáticos y alados, tendrían su festín. Pensó, mientras que el rumor de la vida le envolvía, que tal vez esas naranjas podrían tener mejor destino, pero mientras que no se le ocurriera otra cosa estaba bien así.